



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales Grado en Relaciones
Internacionales

**DESDOLARIZACIÓN Y LOS BRICS: IMPLICACIONES
PARA EL NUEVO ORDEN MUNDIAL Y ESTADOS
UNIDOS**

Autor: Juan Sartorius Zamarriego

Director: Juan Gonzalo Lugo Sanchiz

Madrid, abril de 2026

Resumen

Este trabajo analiza la desdolarización impulsada por los BRICS y sus implicaciones para el orden internacional contemporáneo y para la posición de Estados Unidos dentro de él. Frente a las interpretaciones que anuncian un reemplazo inminente del dólar, la investigación sostiene que el fenómeno debe entenderse como un proceso parcial, desigual y geopolíticamente condicionado, caracterizado más por la fragmentación funcional del sistema monetario internacional que por una transición ordenada hacia una nueva moneda hegemónica. Para demostrarlo, el estudio combina un enfoque de Relaciones Internacionales y Economía Política Internacional, apoyándose en conceptos como hegemonía, legitimidad, poder estructural, autonomía estratégica y weaponized interdependence.

En primer lugar, se examina la génesis del orden económico internacional tras Bretton Woods y el modo en que la centralidad del dólar quedó vinculada al liderazgo institucional estadounidense. En segundo lugar, se analiza el ascenso de los BRICS como plataforma de contestación institucional, así como el alcance real de sus instrumentos financieros y monetarios alternativos. En tercer lugar, se estudia la evidencia empírica reciente sobre reservas, pagos internacionales, sistemas de compensación, monedas digitales y sanciones financieras para evaluar hasta qué punto la desdolarización está avanzando realmente. Finalmente, se examina la respuesta de Estados Unidos y sus efectos sobre la Unión Europea, Iberoamérica y el Sur Global, así como los posibles escenarios futuros del sistema financiero internacional.

La principal conclusión es que el dólar conserva una posición dominante, pero su centralidad se desarrolla en un entorno más politizado, competitivo y fragmentado. Por ello, el principal riesgo no es un colapso inmediato del orden dólar-céntrico, sino la consolidación de un sistema más regionalizado, menos neutral y más difícil de estabilizar.

Palabras clave: desdolarización, BRICS, dólar, hegemonía monetaria, fragmentación geoeconómica, Estados Unidos, orden internacional.

Abstract

This dissertation examines BRICS-led de-dollarization and its implications for the contemporary international order and for the position of the United States within it. Against interpretations that predict an imminent replacement of the dollar, the study argues that de-dollarization should be understood as a partial, uneven, and geopolitically conditioned process, characterized more by the functional fragmentation of the international monetary system than by an orderly transition toward a new hegemonic currency. To demonstrate this, the research combines an International Relations and International Political Economy approach, drawing on concepts such as hegemony, legitimacy, structural power, strategic autonomy, and weaponized interdependence.

First, it explores the origins of the post-Bretton Woods economic order and the way in which the dollar's centrality became linked to U.S. institutional leadership. Second, it analyzes the rise of the BRICS as a platform of institutional contestation, as well as the actual scope of their alternative monetary and financial instruments. Third, it examines recent empirical evidence on reserves, international payments, clearing systems, digital currencies, and financial sanctions in order to assess the real extent of de-dollarization. Finally, it studies the U.S. response and its effects on the European Union, Latin America, and the Global South, as well as the possible future scenarios of the international financial system.

The main conclusion is that the dollar remains dominant, but its centrality now operates within a more politicized, competitive, and fragmented environment. Therefore, the main risk is not the immediate collapse of the dollar-centered order, but rather the consolidation of a more regionalized, less neutral, and more difficult-to-stabilize international system.

Keywords: de-dollarization, BRICS, dollar, monetary hegemony, geoeconomic fragmentation, United States, international order.

Índice

1. Introducción.....	7
1.1. Justificación y relevancia del tema	7
1.2. Preguntas de investigación y objetivos.....	9
1.3. Hipótesis de trabajo	10
1.4. Metodología y fuentes empleadas	11
1.5. Estructura del trabajo.....	12
2. Marco conceptual y teórico	13
2.1. El orden económico internacional tras Bretton Woods	13
2.1.1. Contexto previo: el caos monetario del periodo de entreguerras	13
2.1.2. La Conferencia de Bretton Woods (1944): reconstrucción, reglas y liderazgo	15
2.1.3. Diseño institucional: el FMI y el Banco Mundial como pilares del orden... 15	
2.1.4. El sistema dólar-oro: estabilidad cambiaria y jerarquía monetaria	16
2.1.5. Liderazgo, legitimidad y el carácter político del orden de posguerra	17
2.2. Teorías del orden internacional aplicadas al sistema monetario.....	18
2.3. Instituciones del orden liberal: del pilar financiero al marco comercial	19
2.4. La hegemonía financiera de Estados Unidos y el papel del dólar	19
2.4.1. Profundidad financiera y activos seguros: el núcleo material de la hegemonía	20
2.4.2. Ventajas sistémicas y poder de red: autonomía, sanciones y provisión de liquidez	21
2.5. Factores de erosión del sistema: crisis de 2008 y pérdida de confianza global... 22	
2.5.1. 2008 como punto de inflexión: vulnerabilidad financiera y legitimidad del centro	22
2.5.2. Securitización y fragmentación: cuando la economía se vuelve campo de competencia	22

2.6. Contestación institucional y legitimidad: del orden liberal a mecanismos alternativos	23
3. El ascenso de los BRICS y la transformación del poder global	25
3.1. Origen, evolución y expansión del bloque BRICS.....	25
3.2. BRICS+ y la búsqueda de un multilateralismo alternativo	27
3.3. Cooperación económica y financiera: Nuevo Banco de Desarrollo y acuerdos en monedas locales.....	29
3.4. Divergencias internas y límites estructurales del bloque.....	31
4. La desdolarización como fenómeno geopolítico	35
4.1. Evidencia empírica del proceso de desdolarización.....	35
4.2. El papel de China y Rusia como impulsores del cambio	36
4.3. Alternativas al dólar: yuan, oro, monedas digitales y sistemas de pago.....	38
4.4. Impacto de las sanciones financieras en la aceleración del proceso.....	40
5. Estados Unidos ante el nuevo orden mundial.....	43
5.1. La estrategia estadounidense frente al desafío de la desdolarización.....	43
5.2. La política de “America First” y el retorno del proteccionismo	45
5.3. Donald Trump y la agenda frente a los BRICS: aranceles, sanciones y presión a terceros.....	46
5.4. Competencia tecnológica, energética y monetaria con China	49
5.5. ¿Contención o fragmentación? Los dilemas de la hegemonía estadounidense ...	53
6. Impactos globales y escenarios futuros	56
6.1. Efectos de la desdolarización en la Unión Europea	56
6.2. Iberoamérica y el Sur Global ante la reconfiguración del sistema monetario	58
6.3. Escenarios futuros del orden financiero internacional	60
6.4. Implicaciones para la estabilidad del sistema internacional.....	62
7. Conclusiones.....	65
7.1. Síntesis de los principales hallazgos.....	65
7.2. Evaluación de la hipótesis planteada	67

7.3. Líneas de investigación futura.....	69
8. Declaración de IA.....	72
9. Bibliografía.....	75

1. Introducción

1.1. Justificación y relevancia del tema

La desdolarización se ha convertido en uno de los debates más visibles de la economía política internacional contemporánea. En los últimos años, la intensificación de la rivalidad estratégica entre grandes potencias, el uso creciente de sanciones financieras, la expansión de mecanismos de pago alternativos y el discurso de los BRICS a favor de una gobernanza más representativa han reforzado la percepción de que la centralidad internacional del dólar está siendo crecientemente cuestionada. Sin embargo, el interés del fenómeno no reside únicamente en la posible evolución de una moneda de reserva. Lo relevante es que, a través del debate sobre la desdolarización, se reabre una cuestión más profunda: cómo se organiza el poder en el orden económico internacional y hasta qué punto ese orden sigue siendo legítimo, estable y funcional para un número amplio de actores.

Desde una perspectiva histórica, la posición dominante del dólar no puede entenderse como un resultado puramente espontáneo de mercado. Su centralidad está vinculada a la arquitectura construida tras Bretton Woods, al liderazgo institucional de Estados Unidos en el sistema de posguerra y a la consolidación posterior de una red financiera global basada en activos seguros, mercados profundos e infraestructuras de pagos y liquidación de alcance mundial (Eichengreen, 2008; Ikenberry, 2001). En este sentido, la hegemonía monetaria estadounidense ha descansado no solo en la fortaleza material de la economía norteamericana, sino también en un entramado institucional y político que convirtió al dólar en la referencia central del sistema.

No obstante, en las últimas dos décadas han ganado fuerza varias dinámicas que tensionan ese equilibrio. La crisis financiera de 2008 debilitó la legitimidad del centro financiero occidental; el ascenso económico y diplomático de potencias emergentes amplió las demandas de representación; y el uso de instrumentos como sanciones, restricciones tecnológicas y controles sobre infraestructuras críticas ha hecho más visible la dimensión coercitiva de la interdependencia internacional (Farrell & Newman, 2019; International Monetary Fund, 2024a). En este contexto, la desdolarización ya no puede analizarse solo como una cuestión monetaria o técnica. Debe leerse también como un síntoma de fragmentación geoeconómica, de contestación institucional y de búsqueda de mayor

autonomía estratégica por parte de actores que perciben crecientes riesgos en su dependencia del sistema dólar-céntrico.

El papel de los BRICS resulta especialmente relevante en este proceso. Aunque el bloque es heterogéneo y no constituye una alianza completamente cohesionada, sí ha contribuido a politizar el debate sobre el orden financiero internacional. Sus declaraciones, su expansión institucional y la puesta en marcha de instrumentos como el Nuevo Banco de Desarrollo o los acuerdos en monedas locales expresan una voluntad de ampliar márgenes de maniobra fuera de los canales tradicionales del orden liberal, aun cuando esa voluntad no haya cristalizado todavía en una arquitectura alternativa plenamente consolidada (BRICS, 2023; New Development Bank, 2022). Por ello, estudiar la relación entre BRICS y desdolarización permite observar una transformación más amplia: la progresiva disputa sobre quién fija las reglas, quién controla las infraestructuras críticas del sistema y qué grado de autonomía real tienen los Estados dentro de él.

La relevancia académica y política de este tema es, por tanto, doble. En el plano académico, obliga a conectar la discusión monetaria con teorías del orden internacional, hegemonía, legitimidad y poder estructural, evitando interpretaciones reduccionistas centradas exclusivamente en porcentajes de reservas o en cuotas de pagos internacionales (Strange, 1988; Cohen, 2015). En el plano político, el tema es especialmente actual porque afecta directamente a la estabilidad del sistema internacional, a la capacidad de Estados Unidos para sostener su liderazgo, a la estrategia de la Unión Europea, y a los márgenes de maniobra de Iberoamérica y del Sur Global en un entorno cada vez más fragmentado y competitivo (Bank for International Settlements, 2025; European Central Bank, 2025).

Este trabajo parte de la idea de que la desdolarización no debe entenderse como un acontecimiento puntual ni como un proceso lineal de sustitución del dólar por otra moneda dominante. Más bien, constituye una dinámica compleja, parcial y geopolítica, en la que convergen incentivos defensivos, demandas de mayor representación institucional, transformaciones tecnológicas y cambios en la forma en que los Estados utilizan la economía como instrumento de poder. Precisamente por ello, analizar la desdolarización impulsada por los BRICS permite comprender no solo el presente del sistema monetario internacional, sino también las tensiones que atraviesan el nuevo orden mundial.

En este contexto, la desdolarización no se manifiesta únicamente en la composición de reservas o en la cuota de pagos internacionales, sino también en la disputa por infraestructuras críticas, corredores energéticos, sistemas de pago, tecnologías financieras y mecanismos de sanción. Por ello, el fenómeno permite observar cómo la competencia monetaria se integra en una transformación más amplia del poder geoeconómico contemporáneo.

1.2. Preguntas de investigación y objetivos

Con el fin de delimitar con precisión el objeto de estudio, esta investigación se articula en torno a una pregunta principal, varias subpreguntas y una serie de objetivos que orientan el análisis.

La pregunta principal que guía este trabajo es la siguiente:

¿Hasta qué punto el proceso de desdolarización promovido por los BRICS constituye un desafío estructural a la hegemonía monetaria del dólar estadounidense, y cómo está respondiendo Estados Unidos ante esta transformación del orden económico internacional?

Esta pregunta permite abordar simultáneamente dos dimensiones fundamentales del problema. Por un lado, el alcance real de la desdolarización como fenómeno económico y geopolítico. Por otro, la respuesta estratégica de Estados Unidos ante un entorno internacional en el que su centralidad monetaria sigue siendo dominante, aunque cada vez más discutida y políticamente contestada.

A partir de esta cuestión central, el trabajo se desarrolla en torno a las siguientes subpreguntas:

- I. ¿Qué fundamentos teóricos explican la hegemonía monetaria del dólar y su relación con el poder estructural?
- II. ¿Existe evidencia empírica de un proceso sostenido de desdolarización en reservas internacionales, comercio y sistemas de pago?
- III. ¿Qué mecanismos concretos están desarrollando los BRICS para reducir la dependencia del dólar?
- IV. ¿Cómo se articula la respuesta estratégica de Estados Unidos frente a estas iniciativas?

- V. ¿Estamos ante una sustitución estructural del dólar o ante una fragmentación funcional del sistema monetario, financiero, energético y tecnológico internacional?

Estas subpreguntas permiten descomponer el problema general en distintos niveles de análisis: el teórico, el empírico, el institucional, el estratégico y el prospectivo.

El objetivo general de este trabajo es:

Analizar el alcance estructural del proceso de desdolarización impulsado por los BRICS y evaluar la respuesta estratégica de Estados Unidos en el marco de la reconfiguración del orden mundial.

Para cumplir este objetivo general, se plantean los siguientes objetivos específicos:

- I. Examinar el concepto de hegemonía monetaria en la economía política internacional.
- II. Analizar la evolución reciente del peso del dólar en reservas y transacciones internacionales a partir de fuentes institucionales.
- III. Evaluar las estrategias financieras desarrolladas por los BRICS orientadas a reducir dependencias monetarias.
- IV. Estudiar el uso de instrumentos comerciales y financieros por parte de Estados Unidos como respuesta estratégica.
- V. Explorar posibles escenarios futuros del sistema monetario internacional.

En conjunto, estas preguntas y objetivos permiten abordar la desdolarización no como un fenómeno exclusivamente técnico o monetario, sino como una dinámica vinculada a relaciones de poder, disputas por autonomía y transformaciones más amplias del orden internacional contemporáneo.

1.3. Hipótesis de trabajo

La hipótesis principal de este trabajo sostiene que la desdolarización promovida por los BRICS no está generando, por el momento, una sustitución estructural e inmediata del dólar como moneda central del sistema internacional, pero sí está contribuyendo a una

fragmentación parcial, funcional y geopolíticamente condicionada del orden monetario y financiero global.

En este contexto, el dólar mantiene su posición dominante gracias a la profundidad de los mercados financieros estadounidenses, la disponibilidad de activos seguros y el control de infraestructuras clave de pagos y liquidez. Sin embargo, la expansión de mecanismos alternativos, el uso creciente de sanciones financieras y la búsqueda de mayor autonomía por parte de potencias emergentes están erosionando parte de la neutralidad política que sostenía esa centralidad.

Por tanto, más que ante un nuevo orden post-dólar plenamente consolidado, el sistema internacional parece avanzar hacia un escenario más fragmentado, competitivo y geopolítico, en el que la hegemonía monetaria de Estados Unidos persiste, pero es cada vez más contestada.

1.4. Metodología y fuentes empleadas

Este trabajo adopta una metodología cualitativa de carácter analítico e interpretativo, propia de las Relaciones Internacionales y de la Economía Política Internacional. Su objetivo no es elaborar un modelo econométrico, sino analizar la desdolarización como fenómeno geopolítico vinculado a relaciones de poder, instituciones y estrategias estatales.

El estudio combina, en primer lugar, un enfoque histórico-institucional, para explicar la construcción del orden monetario internacional y la centralidad del dólar; en segundo lugar, un enfoque teórico, apoyado en autores como Ikenberry, Ruggie, Strange, Cohen o Farrell y Newman; y, en tercer lugar, un análisis empírico-documental basado en informes, bases de datos, estrategias institucionales y declaraciones oficiales.

Las fuentes empleadas combinan bibliografía académica con documentación procedente de organismos e instituciones como el FMI, el BIS, el BCE, la Reserva Federal, la OMC, el Nuevo Banco de Desarrollo y los propios BRICS, así como fuentes oficiales del gobierno de Estados Unidos. Esta combinación permite abordar el objeto de estudio desde una perspectiva a la vez teórica, institucional y empírica.

1.5. Estructura del trabajo

El trabajo se organiza en seis capítulos, además de esta introducción y de la conclusión final.

El capítulo 2 presenta el marco conceptual y teórico, abordando el orden económico internacional surgido tras Bretton Woods, la hegemonía monetaria del dólar y las principales teorías que permiten analizarla desde las Relaciones Internacionales.

El capítulo 3 estudia el ascenso de los BRICS, su evolución como plataforma de contestación institucional y el desarrollo de mecanismos económicos y financieros orientados a reducir la dependencia del dólar.

El capítulo 4 analiza la desdolarización como fenómeno geopolítico a partir de evidencia empírica sobre reservas, pagos internacionales, comercio, sistemas de compensación y sanciones financieras.

El capítulo 5 examina la respuesta estratégica de Estados Unidos ante esta transformación, prestando especial atención a los instrumentos comerciales, financieros, tecnológicos y geoeconómicos desplegados para preservar su centralidad.

Por último, el capítulo 6 valora los efectos globales del proceso sobre la Unión Europea, Iberoamérica y el Sur Global, y plantea distintos escenarios futuros para el orden financiero internacional.

2. Marco conceptual y teórico

2.1. El orden económico internacional tras Bretton Woods

2.1.1. Contexto previo: el caos monetario del periodo de entreguerras

El diseño del orden económico internacional de posguerra fue, ante todo, una respuesta a la experiencia traumática del periodo de entreguerras. Tras la Primera Guerra Mundial, la reconstrucción europea se vio condicionada por elevados niveles de deuda, tensiones distributivas y la inestabilidad de los flujos de capital. En ausencia de mecanismos sólidos de coordinación internacional, el intento de “restaurar” el patrón oro en los años veinte no produjo el retorno a la estabilidad previa, sino un régimen frágil, altamente expuesto a crisis de balanza de pagos y a shocks de confianza (Bordo, 2003). En este contexto, episodios extremos como la hiperinflación alemana de 1922–1923, asociada a la monetización de déficits y a la presión de las reparaciones, reforzaron la percepción de que la estabilidad monetaria no podía depender únicamente de automatismos, sino de instituciones y reglas cooperativas (Reyes Konings, 2010).

El crac bursátil de 1929 no fue simplemente una crisis financiera doméstica estadounidense, sino el detonante de una dinámica internacional de contracción que reveló la fragilidad de la arquitectura monetaria existente. Tras el desplome de los precios de los activos, se produjo una fuerte caída del crédito y de la demanda agregada; sin embargo, el elemento decisivo para su internacionalización fue el modo en que el shock se transmitió a través del sistema financiero y comercial. La presión por defender paridades fijas y evitar salidas de oro empujó a políticas monetarias restrictivas en un momento en el que el ciclo exigía expansión, profundizando la recesión. A ello se añadió la secuencia de quiebras bancarias y el aumento de la preferencia por liquidez, que reforzaron el colapso del crédito y comprimieron la inversión y el consumo. El resultado fue un círculo vicioso en el que la contracción financiera alimentaba la contracción real y viceversa, con efectos multiplicadores sobre empleo y producción (Eichengreen, 2008).

A medida que la crisis se extendía, los Estados recurrieron a respuestas defensivas que, agregadas, agravaron el problema de coordinación. El aumento del proteccionismo y el recurso a devaluaciones competitivas no deben interpretarse solo como decisiones “irracionales”, sino como intentos de trasladar costes al exterior y recuperar

competitividad en un entorno de demanda global en caída. Sin embargo, estas estrategias erosionaron la confianza y redujeron aún más el comercio internacional, debilitando la capacidad de ajuste de economías ya tensionadas por deuda y desempleo (Eichengreen, 2008). En términos de economía política internacional, el episodio mostró que sin un marco institucional que hiciera compatibles los objetivos domésticos con la estabilidad externa, el sistema tendía a fragmentarse y a generar incentivos para políticas no cooperativas.

La lección de fondo conecta con la lógica del “trilema” monetario: la combinación de tipos de cambio fijos, movilidad de capitales y autonomía de política monetaria resulta incompatible sin renunciar a uno de sus vértices (Obstfeld, Shambaugh, & Taylor, 2004). En formulación macroeconómica, el modelo Mundell–Fleming ayuda a entender este límite de manera intuitiva. En una economía abierta, cuando el capital es altamente móvil, un tipo de cambio fijo obliga a alinear la política monetaria doméstica con la del país ancla para evitar presiones sobre la paridad; si el objetivo es conservar autonomía monetaria, la alternativa es aceptar mayor flexibilidad cambiaria o introducir controles a los flujos de capital (Jones, 2008). Esta tensión fue especialmente visible en el periodo de entreguerras, donde la insistencia en paridades rígidas bajo condiciones de inestabilidad financiera y social terminó desencadenando ajustes bruscos, crisis de balanza de pagos y políticas procíclicas. Estudios posteriores han medido cómo distintas configuraciones del trilema se observan históricamente en función de la arquitectura financiera internacional dominante (Aizenman, Chinn, & Ito, 2008).

En conclusión, el periodo de entreguerras dejó dos conclusiones centrales: En primer lugar, que la estabilidad monetaria es inseparable de la estabilidad política y comercial, y en segundo lugar, que la ausencia de coordinación institucional tiende a empujar a los Estados hacia respuestas nacionales desordenadas, amplificando la crisis (Eichengreen, 2008). Precisamente por ello, el diseño de Bretton Woods puede leerse como un intento deliberado de “resolver” ese dilema: construir un marco cooperativo que permitiera estabilidad cambiaria sin sacrificar por completo los objetivos domésticos, apoyándose en tipos de cambio ajustables, un grado significativo de control sobre los flujos de capital y la creación de instituciones, como el FMI, capaces de aportar financiación y liquidez para evitar que las tensiones de balanza de pagos degenerasen en colapsos sistémicos (Reyes Konings, 2010; Hodara, 2014).

2.1.2. La Conferencia de Bretton Woods (1944): reconstrucción, reglas y liderazgo

Sobre ese trasfondo, Bretton Woods (julio de 1944) no fue una simple conferencia técnica para fijar reglas cambiarias, sino un acto fundacional del orden económico de posguerra. El objetivo era doble. Por un lado, se trataba de evitar la repetición de la dinámica de los años treinta y establecer un marco que hiciera compatible la apertura económica con la estabilidad doméstica. La arquitectura resultante se construyó en torno a un régimen de tipos de cambio fijos pero ajustables, controles de capital en distintos grados, y la creación de instituciones multilaterales diseñadas para proveer liquidez y supervisión (Eichengreen, 2008; Hodara, 2014).

En términos políticos, Bretton Woods consolidó un patrón de liderazgo estadounidense. Estados Unidos no solo emergía como potencia económica central, sino como arquitecto institucional capaz de proponer reglas, proveer bienes públicos, como financiación, liquidez, reconstrucción y, a la vez, anclar el sistema en su propia moneda (Ikenberry, 2001). Desde la perspectiva de Relaciones Internacionales, el orden de posguerra se entiende mejor como un “orden liberal” en el que el poder se institucionaliza. Por ello, Estados Unidos lidera, pero lo hace dentro de un entramado de normas e instituciones que reducen la incertidumbre y generan previsibilidad, lo que facilita la cooperación (Ikenberry, 2001).

Esta combinación de liderazgo y reglas se capta bien con el concepto de “embedded liberalism” (liberalismo incrustado), que describe un compromiso histórico: la apertura comercial y cooperación multilateral, sí, pero con espacio para políticas domésticas de empleo y estabilidad social (Ruggie, 1982). Bretton Woods, por tanto, no solo creó un régimen monetario, creó un pacto político-económico que buscaba reconciliar internacionalización con legitimidad interna.

2.1.3. Diseño institucional: el FMI y el Banco Mundial como pilares del orden

El elemento más duradero de Bretton Woods fue su diseño institucional. El Fondo Monetario Internacional (FMI) se concibió para vigilar la estabilidad cambiaria, facilitar la corrección ordenada de desequilibrios externos y actuar como prestamista en situaciones de crisis de balanza de pagos. Su objetivo era reducir la probabilidad de respuestas unilaterales desestabilizadoras (controles extremos, devaluaciones

competitivas, restricciones comerciales) y sustituirlas por mecanismos multilaterales de ajuste y financiación (Hodara, 2014; Reyes Konings, 2010).

El Banco Mundial (inicialmente BIRF) completó el diseño de Bretton Woods financiando la reconstrucción y desarrollo. Si el FMI aportaba estabilidad monetaria y liquidez, el Banco Mundial proporcionaba financiación para proyectos, reconstrucción y, posteriormente, desarrollo económico. En términos de orden internacional, ambos organismos funcionaron como instrumentos de gobernanza: no solo canalizaban recursos, sino que establecían estándares, condicionalidades y marcos de política económica que influyeron en la trayectoria de muchos Estados (Reyes Konings, 2010; Piedrahita Zuluaga, 2019). Con el tiempo, el alcance de estas instituciones se expandió y se adaptó, pero su función como “infraestructura” del orden liberal se mantuvo.

2.1.4. El sistema dólar-oro: estabilidad cambiaria y jerarquía monetaria

El régimen monetario de Bretton Woods se organizó en torno a una jerarquía definida. El dólar ocupó el centro del sistema como moneda convertible en oro a un precio oficial, mientras que el resto de divisas fijaban su valor frente al dólar mediante un esquema de paridades que, aunque formalmente estable, admitía ajustes cuando los desequilibrios se volvían persistentes. En la práctica, este mecanismo convirtió al dólar en la referencia operativa del sistema internacional y en el principal activo de reserva, mientras que el oro funcionaba como ancla última y como garantía de credibilidad para las autoridades monetarias (Bordo, 1993). El propósito era reducir la volatilidad cambiaria y restaurar un entorno de previsibilidad que facilitara la recuperación del comercio y la inversión, evitando que el tipo de cambio se transformara de nuevo en un instrumento de competición económica desordenada (Bordo, 2017).

Sin embargo, el propio éxito del sistema introdujo tensiones internas. A medida que la economía internacional se expandía y con ella el comercio y las necesidades de liquidez, aumentaba también la demanda mundial de dólares para pagos, reservas y financiación. Ese suministro de liquidez dependía, en última instancia, de que Estados Unidos emitiera pasivos en dólares hacia el exterior. Para que el sistema dispusiera de suficientes dólares, Estados Unidos debía incurrir en déficits y aumentar sus obligaciones externas; pero cuanto más se acumulaban esos pasivos, más vulnerable se volvía la credibilidad de la convertibilidad del dólar en oro y, por tanto, la confianza en el ancla del sistema (Triffin,

1960). En otras palabras, el régimen necesitaba dólares para funcionar, pero la misma dinámica que proveía liquidez podía erosionar las bases de su estabilidad. Esta contradicción explica por qué Bretton Woods, pese a sostener un periodo prolongado de crecimiento y estabilidad relativa, acumuló fragilidades que terminarían manifestándose en la crisis del sistema y en su posterior transformación (Bordo, 2017; Triffin, 1960).

2.1.5. Liderazgo, legitimidad y el carácter político del orden de posguerra

Bretton Woods no solo diseñó un sistema monetario, sino que consolidó un patrón de liderazgo internacional que combinó jerarquía y cooperación. Estados Unidos pudo sostener ese orden porque reunía poder material y poder institucional, de modo que su liderazgo no se ejerció únicamente por imposición, sino también mediante la construcción de un marco relativamente previsible y funcional para otros Estados. Esta lógica encaja con la idea de “orden tras la victoria”: el vencedor institucionaliza su poder a través de reglas y mecanismos que, aunque lo favorecen, resultan aceptables para otros porque reducen incertidumbre y aportan beneficios compartidos (Ikenberry, 2001). En el plano monetario, ello se tradujo en la aceptación del dólar como eje del sistema.

Bretton Woods fue también un proyecto político orientado a evitar la repetición de la Gran Depresión. Por eso, el orden de posguerra buscó compatibilizar apertura y cooperación internacional con objetivos domésticos de empleo, estabilidad y cohesión social. Esta lógica responde al *embedded liberalism*, entendido como un compromiso entre integración económica y margen de maniobra interno para preservar legitimidad y estabilidad dentro de los Estados (Ruggie, 1982).

Cuando ese equilibrio entre cooperación y jerarquía se tensiona, no solo cambian variables técnicas como los regímenes cambiarios o la composición de las reservas, sino también los mecanismos de gobernanza que sostienen el orden. En este sentido, la crisis de Bretton Woods y la posterior transición a tipos de cambio flotantes no deben interpretarse solo como el fracaso del patrón oro-dólar, sino como la reconfiguración de un pacto histórico. Desde entonces, la hegemonía del dólar pasó a apoyarse menos en el oro y más en la profundidad de los mercados financieros estadounidenses y en su capacidad para operar como infraestructura global, un giro que conecta con debates actuales sobre redes, poder y coerción financiera. Esta transformación se aprecia con claridad en el presente. La creciente relevancia de las sanciones financieras, junto con el

impulso chino a infraestructuras como Cross-Border Interbank Payment System y a proyectos de pagos transfronterizos como mBridge, muestra que la disputa monetaria contemporánea ya no gira solo en torno a la emisión de una moneda de reserva, sino también en torno al control de las redes, plataformas e infraestructuras que hacen posible la circulación internacional de pagos y liquidez (Farrell & Newman, 2019).

2.2. Teorías del orden internacional aplicadas al sistema monetario

Comprender el orden monetario internacional exige ir más allá de su apariencia técnica. Las monedas de reserva, los sistemas de pago y las instituciones financieras operan dentro de un orden internacional en el que se distribuyen capacidades, se fijan reglas y se define qué se considera legítimo. Por ello, la centralidad del dólar y el debate contemporáneo sobre desdolarización deben analizarse con marcos de Relaciones Internacionales y de Economía Política Internacional que expliquen la construcción, estabilidad y cambio del orden.

En primer lugar, el institucionalismo liberal ayuda a entender cómo el liderazgo se consolida mediante reglas. Ikenberry (2001) sostiene que, tras grandes rupturas históricas, el Estado dominante puede institucionalizar su poder creando instituciones y normas que aportan previsibilidad y hacen el sistema aceptable para otros. Esta lógica permite interpretar el orden de posguerra como un marco de gobernanza económica donde la cooperación se organiza institucionalmente y en el que la moneda central queda incrustada en ese entramado (Ikenberry, 2001; Reyes Konings, 2010; Hodara, 2014).

En segundo lugar, Ruggie (1982) conceptualiza el *embedded liberalism* como un compromiso entre apertura internacional y margen para objetivos domésticos de estabilidad y empleo. Esta idea es relevante porque vincula la sostenibilidad del orden a su legitimidad política interna. Cuando ese equilibrio se rompe, crecen la contestación y las presiones por mayor autonomía.

En tercer lugar, la economía política internacional subraya que la hegemonía monetaria es una forma de poder estructural. Strange (1988) sitúa el poder en la capacidad de configurar estructuras, incluida la financiera, que condicionan el acceso a liquidez y los márgenes de política económica. Cohen (2015) desarrolla esta lógica como *currency power*, mostrando que la rivalidad monetaria implica autonomía e influencia, no solo eficiencia de mercado.

Finalmente, Farrell y Newman (2019) ofrecen un marco de redes para entender cómo la interdependencia puede convertirse en coerción cuando ciertos actores controlan nodos críticos de la infraestructura global. Trasladado al ámbito monetario, el poder se ejerce también a través de canales de liquidación, intermediación y acceso a liquidez, lo que ayuda a explicar incentivos contemporáneos a diversificar y construir alternativas.

Estos enfoques permiten situar la hegemonía del dólar como resultado de institucionalización, legitimidad y poder estructural en un sistema de redes. Esta base conceptual prepara el análisis de los mecanismos que sostienen la centralidad del dólar y de las condiciones que intensifican su contestación (Ikenberry, 2001; Ruggie, 1982; Strange, 1988; Cohen, 2015; Farrell & Newman, 2019).

2.3. Instituciones del orden liberal: del pilar financiero al marco comercial

Si Bretton Woods estableció los pilares financieros del orden de posguerra, su consolidación también requirió un marco comercial basado en reglas. Esa función fue desempeñada primero por el GATT y después por la OMC, cuyo acuerdo constitutivo entró en vigor en 1995 (World Trade Organization, 1994). Estas instituciones no solo facilitaron la cooperación comercial, sino que reforzaron la legitimidad del orden liberal al aportar previsibilidad y mecanismos de resolución de conflictos (Ikenberry, 2001; Ruggie, 1982).

Para este trabajo, lo importante es que el comercio multilateral y el sistema monetario internacional se refuerzan mutuamente. Cuando el marco comercial se erosiona y aumenta la fragmentación, también crecen los incentivos a desarrollar acuerdos paralelos y mecanismos que reduzcan dependencia y amplíen autonomía, una lógica que más adelante permitirá conectar legitimidad, BRICS y diversificación monetaria (Piedrahita Zuluaga, 2019).

2.4. La hegemonía financiera de Estados Unidos y el papel del dólar

La hegemonía financiera de Estados Unidos en el orden económico internacional no se explica solo por el legado de Bretton Woods ni por el tamaño de su economía. Se sostiene por una combinación de mercados profundos, infraestructura financiera, efectos de red e instituciones que han convertido al dólar en el eje operativo de la economía mundial. Por

ello, el dólar debe entenderse no solo como moneda de reserva, sino como una infraestructura material y política que organiza flujos de comercio, financiación, pagos y gestión del riesgo a escala global.

Desde la economía política internacional, la centralidad del dólar puede entenderse como una forma de poder estructural. El poder relevante no se limita a decisiones visibles o a coerción directa, sino que opera configurando las estructuras dentro de las cuales los demás actores toman decisiones. En el ámbito monetario, la moneda dominante organiza reglas y expectativas, reduce costes para quienes se integran en ese ecosistema y, al mismo tiempo, crea dependencias que condicionan el margen de maniobra de terceros. Por ello, la competencia monetaria no es solo un fenómeno de eficiencia o preferencia del mercado, sino también una disputa por autonomía, capacidad de decisión e influencia dentro del sistema internacional (Strange, 1988; Cohen, 2015).

2.4.1. Profundidad financiera y activos seguros: el núcleo material de la hegemonía

La hegemonía del dólar descansa, en primer lugar, en la profundidad y liquidez del sistema financiero estadounidense y, en particular, en la capacidad de ofrecer activos percibidos como seguros y fácilmente convertibles en liquidez a gran escala. En este sentido, el mercado de deuda pública estadounidense actúa como un proveedor central de “activos seguros” demandados globalmente, lo que ayuda a explicar por qué, en episodios de tensión financiera, los flujos tienden a concentrarse en instrumentos denominados en dólares y a reforzar la centralidad de la divisa incluso cuando la inestabilidad se origina en economías avanzadas. La hegemonía, por tanto, no se sostiene solo por confianza abstracta, sino por la existencia de un ecosistema financiero capaz de absorber demanda internacional masiva, proporcionar colateral y ofrecer liquidez en una escala difícilmente replicable (Jiang, 2024).

A este componente material se suman los efectos de red. Cuanto más se utiliza una moneda para facturar comercio, denominar contratos y financiarse, mayores son los beneficios operativos de seguir utilizándola. Se estandarizan contratos, se amplía la disponibilidad de instrumentos de cobertura, se facilita la liquidación y se concentran servicios de intermediación, lo que reduce fricciones y costes de transacción. Este carácter autocumulativo eleva los costes de salida para cualquier alternativa, porque migrar hacia otras monedas suele implicar menor liquidez y una infraestructura financiera menos

completa. En este sentido, la evidencia sobre moneda de facturación muestra que el papel del dólar en el comercio internacional puede exceder el peso comercial de Estados Unidos, precisamente porque las redes de precios y financiación favorecen su uso como estándar operativo (Boz et al., 2020). Esta lógica es coherente con el enfoque clásico sobre la función internacional del dólar, en el que la coordinación de expectativas y la reducción de costes derivados de una moneda común refuerzan su persistencia como referencia (Krugman, 1984).

2.4.2. Ventajas sistémicas y poder de red: autonomía, sanciones y provisión de liquidez

La centralidad del dólar otorga a Estados Unidos ventajas que otros países no tienen. Una de las más importantes es financiera: como el resto del mundo demanda activos en dólares, Estados Unidos puede financiarse más barato y con mayor facilidad, y eso amplía su margen de maniobra cuando necesita reaccionar ante crisis o shocks económicos. Esta ventaja no es automática ni ilimitada, pero nace de una realidad estructural: el dólar concentra liquidez, seguridad percibida y profundidad de mercado, por lo que la demanda internacional tiende a sostener los instrumentos financieros denominados en esa moneda (Krugman, 1984).

Además, el dólar no es solo una moneda, sino una red. Gran parte del comercio y de la financiación internacionales pasa por infraestructuras conectadas al sistema en dólares, desde bancos corresponsales hasta mecanismos de compensación y liquidación. Cuando un actor controla puntos clave de esa red, la interdependencia puede convertirse en influencia y, en ciertos casos, en coerción. Por eso, el poder monetario no se ejerce únicamente a través de tipos de cambio o reservas, sino también a través del acceso o la exclusión de canales financieros esenciales (Farrell & Newman, 2019).

Esta dimensión se ve con claridad en los episodios de crisis, cuando la liquidez en dólares se vuelve un recurso escaso. Las líneas swap de la Reserva Federal han funcionado como un mecanismo para suministrar dólares a bancos centrales seleccionados y estabilizar mercados, lo que contribuye a evitar tensiones de financiación y contagios. Al mismo tiempo, ese mecanismo refleja una jerarquía monetaria: en momentos críticos, no todos los países acceden al mismo respaldo en dólares, y el acceso depende de decisiones tomadas en el núcleo del sistema (Alexeenko, Kollen, & Davidson, 2012).

2.5. Factores de erosión del sistema: crisis de 2008 y pérdida de confianza global

La hegemonía financiera del dólar ha mostrado una gran capacidad de resistencia, pero el entorno político y económico que la sostiene se ha ido deteriorando. En el plano operativo, el dólar sigue ocupando una posición central en pagos, financiación y reservas. Sin embargo, en el plano político, el orden liberal se percibe cada vez menos como un marco neutral de reglas y más como una estructura con costes asimétricos y vulnerabilidades estratégicas. Por ello, el debate sobre desdolarización se intensifica no solo por la competencia entre monedas, sino también por una acumulación de shocks, tensiones e incertidumbres que ha hecho más aceptables las estrategias de diversificación y búsqueda de autonomía (Bank for International Settlements, 2025).

2.5.1. 2008 como punto de inflexión: vulnerabilidad financiera y legitimidad del centro

La crisis de 2008 fue un punto de inflexión porque mostró que la inestabilidad podía originarse en el propio núcleo del sistema. Aunque la centralidad del dólar no se debilitó automáticamente, ya que en momentos de pánico la demanda de liquidez y activos en dólares tiende a aumentar, sí se produjo un deterioro político relevante: creció la percepción de que el sistema concentraba beneficios en fases expansivas y socializaba costes en las crisis. Esta tensión entre resiliencia operativa y pérdida de legitimidad contribuyó a reforzar discursos de autonomía y diversificación (Bank for International Settlements, 2025).

2.5.2. Securitización y fragmentación: cuando la economía se vuelve campo de competencia

En paralelo, la economía internacional se ha securitizado. Instrumentos antes presentados como técnicos, como los pagos, la financiación, los estándares o las sanciones, se integran cada vez más en la lógica de competencia entre Estados. En este contexto, la dependencia de infraestructuras críticas empieza a percibirse como vulnerabilidad, y diversificar no implica necesariamente reemplazar al dólar, sino reducir exposición mediante mecanismos parciales, como nuevas infraestructuras de pago, acuerdos en monedas

locales o reservas más diversificadas (Farrell & Newman, 2019). Este giro se produce además en un entorno de mayor riesgo geopolítico, donde la fragmentación y la incertidumbre se consolidan como amenazas relevantes para la estabilidad financiera y para la cooperación internacional (Caldara & Iacoviello, 2022; Catalán, Natalucci, & Qureshi, 2023; Bank for International Settlements, 2025).

2.6. Contestación institucional y legitimidad: del orden liberal a mecanismos alternativos

Una vez establecido que el orden monetario internacional está profundamente institucionalizado y vinculado a relaciones de poder, resulta necesario incorporar una dimensión decisiva: la legitimidad. Los órdenes internacionales no cambian solo por la aparición de alternativas técnicas, sino también cuando se erosionan los consensos políticos que los sostienen y cuando actores relevantes perciben que las instituciones existentes ya no reflejan adecuadamente sus intereses, su peso relativo o su visión del sistema. En este sentido, la contestación al orden liberal no debe entenderse como un rechazo total a la cooperación, sino como una disputa por la representación, la autonomía y la capacidad de fijar reglas (Ikenberry, 2001; Ruggie, 1982).

En la arquitectura heredada de Bretton Woods, instituciones como el FMI y el Banco Mundial han contribuido a ordenar la cooperación internacional, pero también han reflejado asimetrías de poder. Este doble carácter permite entender por qué, para parte del mundo en desarrollo y para varias economías emergentes, la gobernanza del orden liberal puede percibirse como insuficientemente representativa y sesgada hacia el núcleo occidental (Piedrahita Zuluaga, 2019). Esa tensión entre integración y autonomía se intensifica cuando aumentan las crisis, la rivalidad estratégica y la distancia entre el peso económico de ciertos actores y su capacidad real de influencia institucional.

En los últimos años, esta dinámica se ha visto reforzada por la fragmentación geoeconómica y por un entorno de mayor incertidumbre. El FMI ha advertido que la fragmentación puede generar bloques más cerrados, reducir eficiencia y debilitar la cooperación multilateral, mientras que el BIS subraya que el aumento de la incertidumbre y del valor estratégico de la resiliencia dificulta sostener una gobernanza basada en reglas compartidas y expectativas estables (International Monetary Fund, 2025a; Bank for International Settlements, 2025). En este contexto, la dependencia del sistema dólar-

céntrico puede reinterpretarse como un riesgo estratégico, especialmente cuando el control de infraestructuras críticas permite convertir la interdependencia en influencia o coerción (Farrell & Newman, 2019).

Es en este punto donde cobra sentido el papel de los BRICS como plataforma de contestación. Más que un bloque homogéneo, pueden entenderse como un foro político-institucional que canaliza demandas de mayor representación y de instrumentos complementarios al orden liberal tradicional. Por ello, la desdolarización y la búsqueda de mecanismos alternativos no deben leerse solo como cambios técnicos, sino como parte de una disputa más amplia por legitimidad y autonomía institucional, una lógica que conecta directamente con el capítulo siguiente (Vyas-Doorgapersad, 2022; Farrell & Newman, 2019).

3. El ascenso de los BRICS y la transformación del poder global

3.1. Origen, evolución y expansión del bloque BRICS

La trayectoria de los BRICS muestra que el ascenso económico solo adquiere verdadero significado geopolítico cuando se traduce en contestación institucional. Esa es la idea central que permite leer el origen y la evolución del bloque. Lo relevante no es únicamente que Brasil, Rusia, India y China aumentaran su peso relativo en la economía mundial, sino que ese desplazamiento material terminara generando una demanda coordinada de mayor voz, mayor representación y mayores márgenes de autonomía dentro del orden internacional. En ese sentido, los BRICS no nacieron como una alianza política cerrada, sino como la progresiva politización de un cambio en la distribución del poder global (O'Neill, 2001; Armijo & Katada, 2015).

El acrónimo BRIC surgió inicialmente como una categoría analítica para agrupar a cuatro economías emergentes con fuerte potencial de crecimiento y creciente capacidad para alterar la jerarquía económica internacional. Sin embargo, la crisis financiera de 2008 transformó esa etiqueta en algo más que una proyección de mercado. La pérdida de legitimidad del centro occidental y la percepción de que la gobernanza global seguía reflejando un reparto de poder ya parcialmente superado favorecieron el paso desde una clasificación económica a un espacio de concertación política. La declaración de Ekaterimburgo de 2009 refleja bien ese cambio: el grupo ya no se limitaba a existir como agregado estadístico, sino que comenzaba a reclamar explícitamente una reforma de las instituciones financieras internacionales y una distribución más equilibrada de influencia dentro del sistema (BRIC Countries' Leaders, 2009).

La incorporación de Sudáfrica en 2010 reforzó esa dimensión política. Su entrada no puede explicarse solo en términos de tamaño económico, ya que su peso material era menor que el de los cuatro miembros originales. Su valor fue también geográfico y simbólico: aportó representación africana y ayudó a proyectar al grupo como una plataforma más amplia del Sur Global. A partir de ese momento, los BRICS dejaron de ser únicamente una agregación de economías emergentes relevantes y pasaron a presentarse como un foro de potencias no occidentales que cuestionaban, al menos parcialmente, la distribución de poder y la representatividad del orden liberal internacional. Esa ampliación hizo del bloque una plataforma diplomática más ambiciosa, aunque no resolvió la heterogeneidad interna de sus miembros (Stuenkel, 2013).

La siguiente gran inflexión llegó con la ampliación aprobada en el ciclo 2023–2025. Según la documentación oficial del grupo bajo la presidencia brasileña, los BRICS están hoy compuestos por once miembros plenos: Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica, Arabia Saudí, Egipto, Emiratos Árabes Unidos, Etiopía, Indonesia e Irán. A esta expansión se añadió la creación de la categoría de “países socios”, en la que se integraron Bielorrusia, Bolivia, Kazajistán, Cuba, Malasia, Nigeria, Tailandia, Uganda, Uzbekistán y, posteriormente, Vietnam. La relevancia de este cambio no es solo cuantitativa. El grupo deja de ser una plataforma de cinco grandes economías emergentes y pasa a configurarse como una arquitectura más amplia, más diversa regionalmente y con mayor capacidad para proyectarse como espacio político del Sur Global (BRICS, 2024; BRICS, 2025).

Ahora bien, la evolución del bloque no se explica solo por su escala económica o por el aumento del número de participantes. También responde a un cambio en la percepción del riesgo político asociado a la dependencia de infraestructuras financieras dominadas por Occidente. El uso creciente de sanciones económicas, especialmente a partir de la década de 2010 y con mucha mayor intensidad tras 2022, reforzó entre varios miembros del grupo la idea de que la autonomía financiera y monetaria ya no era solo una cuestión de prestigio o representación, sino también de seguridad estratégica. En la medida en que el acceso a pagos, reservas e intermediación puede verse condicionado por decisiones políticas tomadas en el núcleo del sistema, la coordinación entre potencias emergentes gana un nuevo sentido defensivo. Sin embargo, ese mismo factor que fortaleció la cooperación también anticipó divergencias posteriores, ya que no todos los miembros comparten el mismo grado de exposición, la misma urgencia ni la misma disposición a asumir los costes de una contestación más frontal del sistema (Farrell & Newman, 2019; Nogueira Batista et al., 2024).

La historia de los BRICS demuestra, por tanto, algo más importante que una simple sucesión de cumbres y ampliaciones. Muestra que, cuando el poder económico se desplaza sin que las instituciones internacionales se adapten al mismo ritmo, crecen los incentivos para construir foros paralelos de coordinación y presión. Esa es la lógica profunda del bloque. Al mismo tiempo, su evolución también revela que transformar peso económico en capacidad política colectiva no es automático: exige mecanismos de coordinación, objetivos compartidos y un mínimo de convergencia estratégica, algo que los BRICS han logrado solo de forma parcial. Esa tensión entre ascenso material y

cohesión incompleta será central para entender tanto BRICS+ como sus instrumentos económicos y financieros posteriores.

3.2. BRICS+ y la búsqueda de un multilateralismo alternativo

La fórmula BRICS+ no debe interpretarse solo como una ampliación numérica del grupo, sino como un intento de redefinir su función dentro del sistema internacional. Su sentido político reside en ampliar escala, legitimidad y capacidad de articulación con otros actores no occidentales. En otras palabras, BRICS+ busca convertir a los BRICS en algo más que una coalición de grandes economías emergentes: pretende proyectarlos como núcleo de una red más amplia capaz de disputar la representación del Sur Global, de cuestionar la concentración histórica de poder en las instituciones heredadas del orden de posguerra y, en un sentido más amplio, de impulsar un orden internacional más multipolar y menos jerárquico (Smith et al., 2015; Stuenkel, 2016).

Desde esta perspectiva, el rasgo más interesante de BRICS+ es que no propone necesariamente abandonar el multilateralismo, sino reabrir la disputa sobre sus bases políticas. La ambición del bloque no consiste, al menos por ahora, en destruir la cooperación internacional existente y sustituirla de manera inmediata por un sistema completamente nuevo, sino en cuestionar quién define las reglas, bajo qué criterios se distribuye la representación y qué actores tienen verdadera capacidad de influencia. Por eso, BRICS+ debe leerse menos como un proyecto antiinstitucional y más como un intento de pluralizar la gobernanza global. La clave no está en salir del multilateralismo, sino en construir uno menos concentrado en Occidente y más acorde con la distribución contemporánea del poder. En ese sentido, la fórmula BRICS+ puede interpretarse como una vía de transición hacia un nuevo orden mundial no necesariamente postoccidental en términos absolutos, pero sí menos dependiente del monopolio político e institucional de las potencias occidentales (Smith et al., 2015).

Esta lógica aparece con claridad en los documentos políticos recientes del bloque. La declaración de Johannesburgo de 2023 vinculó explícitamente la expansión con la defensa de un orden internacional más representativo, inclusivo y equilibrado (BRICS, 2023). La declaración de Kazán de 2024 avanzó en la misma dirección, al presentar el fortalecimiento del multilateralismo como un objetivo central del grupo en un contexto de creciente fragmentación geopolítica y geoeconómica (BRICS, 2024). Más aún, la

ampliación posterior del bloque y la incorporación de países socios reforzaron la pretensión de los BRICS de actuar no solo como foro de coordinación entre emergentes, sino como plataforma más amplia de articulación del Sur Global. Lo importante aquí no es solo el lenguaje diplomático empleado, sino lo que revela sobre la estrategia del bloque: los BRICS intentan proyectarse como defensores de una reforma del sistema internacional desde una posición que combina crítica, ampliación de alianzas y construcción gradual de capacidad institucional propia.

La escala que adopta BRICS+ ayuda a entender por qué esta propuesta gana atractivo. La ampliación del grupo y la creación de la figura de países socios han ensanchado su radio de acción y su capacidad simbólica. Esa mayor escala importa porque modifica la posición negociadora del bloque, le da más visibilidad y refuerza su pretensión de representar una franja mucho más amplia del sistema internacional que la que podían expresar los cinco miembros originales. Sin embargo, conviene no confundir magnitud con cohesión. El hecho de que BRICS+ reúna cada vez a más actores aumenta su legitimidad discursiva, pero también hace más difícil construir prioridades comunes y mecanismos estables de actuación. Precisamente ahí reside una de sus tensiones centrales: gana peso político más rápido de lo que gana densidad institucional (Parliamentary Budget Office of South Africa, 2023; BRICS, 2024).

El atractivo de BRICS+ se explica también por un elemento claramente defensivo. En un contexto en el que las sanciones económicas se han consolidado como uno de los instrumentos más poderosos de presión internacional, muchos Estados no occidentales perciben valor en diversificar relaciones, foros y dependencias. La creciente utilización de sanciones financieras, exclusiones de circuitos de pago, restricciones al acceso a liquidez internacional y congelaciones de activos ha reforzado la idea de que la inserción en el orden liberal existente no siempre garantiza neutralidad institucional. Desde la perspectiva de los Estados más expuestos a esa coerción potencial, la lógica desarrollada por Farrell y Newman (2019) sugiere que controlar nodos críticos de red otorga una capacidad de presión extraordinaria; de ahí que ampliar opciones, redundancias y márgenes de maniobra se convierta en un objetivo racional. En ese contexto, BRICS+ no ofrece solo una promesa de representación, sino también un marco político desde el que reducir vulnerabilidades, amortiguar la exposición a sanciones y avanzar, aunque sea de forma parcial, hacia una mayor autonomía estratégica sin necesidad de romper por

completo con el sistema existente (Farrell & Newman, 2019; Nogueira Batista et al., 2024).

Por eso, BRICS+ resulta relevante no solo como proyecto diplomático, sino como intento de responder a una cuestión cada vez más central para el Sur Global: cómo participar en la economía internacional sin quedar completamente expuesto a la coerción del núcleo del sistema. Desde esa óptica, la ampliación del bloque no es únicamente una búsqueda de visibilidad o prestigio, sino también una fórmula para construir cobertura política frente a un orden en el que el acceso a pagos, reservas, financiación y mercados puede verse condicionado por decisiones geopolíticas tomadas fuera del propio bloque. En este sentido, BRICS+ puede leerse como una respuesta defensiva a la weaponization de la interdependencia, pero también como un intento embrionario de sentar las bases de un orden internacional menos vulnerable al uso unilateral de instrumentos financieros y comerciales por parte de Occidente.

Por eso, el valor analítico de BRICS+ reside en su ambivalencia. Por un lado, expresa una transformación real del debate sobre gobernanza global: la disputa ya no se centra solo en reformar cuotas o instituciones concretas, sino en cuestionar la legitimidad de los marcos desde los que se define quién representa al mundo emergente, qué principios deben organizar el sistema internacional y hasta qué punto es posible avanzar hacia un orden mundial más multipolar. Por otro, esa misma ampliación intensifica la heterogeneidad del grupo y dificulta convertir una coalición amplia y políticamente atractiva en un proyecto verdaderamente coherente y operativo. BRICS+ importa, entonces, no porque ya haya construido un multilateralismo alternativo plenamente consolidado ni un nuevo orden mundial acabado, sino porque refleja que la demanda de alternativas, de mayor autonomía institucional y de menor exposición a la coerción occidental es hoy más extensa, más visible y más políticamente articulada que hace una década.

3.3. Cooperación económica y financiera: Nuevo Banco de Desarrollo y acuerdos en monedas locales

La cooperación económica y financiera de los BRICS es el terreno donde el bloque ha intentado convertir su discurso político en instrumentos concretos. Si BRICS+ amplía escala y legitimidad, el Nuevo Banco de Desarrollo (NBD) y el Acuerdo de Reservas

Contingentes (CRA) representan el esfuerzo por dotar a esa contestación de una dimensión operativa. Lo importante es que estas iniciativas no son simples mecanismos técnicos: son intentos de crear capacidad institucional propia en un ámbito, el financiero, donde la dependencia de estructuras dominadas por Occidente ha sido históricamente una fuente central de jerarquía internacional (Armijo & Katada, 2015).

El NBD es la pieza más visible de esa estrategia. Su función formal es financiar infraestructura y desarrollo sostenible en los BRICS y en otras economías emergentes, pero su significado político va más allá. El banco busca ofrecer financiación desde una lógica menos dependiente del núcleo financiero tradicional y, con ello, ampliar el margen de maniobra de sus prestatarios. Su estrategia 2022–2026 refleja bien ese objetivo: plantea aprobar 30.000 millones de dólares de financiación y elevar al 30% la proporción de préstamos en monedas locales (New Development Bank, 2022). Esta orientación es relevante porque el uso de monedas locales no solo reduce exposición cambiaria; también apunta a disminuir la dependencia del dólar como intermediario obligado de financiación y, por tanto, a debilitar parcialmente una de las bases materiales de la jerarquía monetaria internacional.

Los resultados siguen siendo parciales, pero no irrelevantes. En su informe anual de 2023, el NBD señala que la financiación en monedas locales se canalizó en yuanes chinos, rands sudafricanos y rupias indias, y que estas tres divisas ya representaban el 21,2% de su cartera a finales de ese año (New Development Bank, 2023). El mismo informe destaca emisiones en rand y una emisión de 8.500 millones de RMB en bonos panda. Estos datos no autorizan a hablar de una ruptura del sistema dólar-céntrico, pero sí muestran que los BRICS han comenzado a construir mecanismos concretos de diversificación monetaria. En ese sentido, el valor del NBD no reside en haber sustituido a las instituciones de Bretton Woods, algo que claramente no ha ocurrido, sino en haber demostrado que es posible desarrollar instrumentos paralelos de financiación con prioridades y lógicas parcialmente diferentes.

El CRA añadió una segunda dimensión a esta arquitectura: la creación de un mecanismo de reservas destinado a responder a tensiones externas y necesidades de liquidez. Su importancia política radica en que introduce una lógica de respaldo mutuo frente a shocks monetarios, algo especialmente relevante para economías que buscan reducir vulnerabilidad externa sin depender exclusivamente de las herramientas tradicionales del sistema. Sin embargo, aquí también aparecen con nitidez los límites del proyecto. Tanto

el CRA como el NBD muestran que la cooperación financiera BRICS avanza, pero lo hace de manera gradual, negociada y con costes políticos significativos. El potencial desdolarizador del bloque depende menos de declaraciones grandilocuentes que de su capacidad para consolidar infraestructuras, profundidad financiera y confianza suficiente como para alterar hábitos consolidados de uso del dólar (Liu & Papa, 2022).

A esto se añade un factor que ha ganado importancia en los últimos años: la percepción de que la dependencia del dólar y de infraestructuras financieras occidentales puede convertirse en vulnerabilidad estratégica cuando aumentan las sanciones y la rivalidad geopolítica. En ese contexto, los acuerdos en monedas locales y los mecanismos financieros propios adquieren un sentido adicional. Ya no se presentan solo como herramientas para abaratar costes o mejorar financiación, sino también como mecanismos de reducción de exposición frente al uso coercitivo de la interdependencia. La congelación de reservas rusas y el endurecimiento del uso de sanciones reforzaron esa percepción y dieron mayor impulso político a iniciativas que antes podían parecer más simbólicas que urgentes (Nogueira Batista et al., 2024). Sin embargo, precisamente porque nacen también como respuesta defensiva, estas herramientas tienden a desarrollarse más como instrumentos de cobertura y autonomía parcial que como base inmediata de un nuevo centro financiero global.

La cooperación económica y financiera de los BRICS ha avanzado lo suficiente como para no poder ser reducida a pura retórica, pero no tanto como para hablar de una arquitectura alternativa ya consolidada. El NBD, el CRA y los acuerdos en monedas locales importan porque convierten la contestación en capacidad institucional, generan aprendizaje colectivo y amplían opciones estratégicas. Pero su alcance sigue siendo acotado: erosionan parcialmente el monopolio simbólico e institucional del sistema existente, sin sustituir todavía sus funciones centrales. Esa ambivalencia es fundamental, porque explica por qué el debate sobre desdolarización debe pasar, en el capítulo siguiente, del terreno de las iniciativas políticas al examen riguroso de sus efectos reales en reservas, pagos y comercio internacional.

3.4. Divergencias internas y límites estructurales del bloque

La principal limitación de los BRICS no es accidental, sino estructural: el bloque agrupa Estados que comparten una crítica general al orden internacional, pero no una visión

plenamente común sobre cómo transformarlo. Esta diferencia es central. Los BRICS reúnen economías de tamaño muy desigual, con estructuras productivas distintas, inserciones externas divergentes y prioridades geopolíticas a menudo no coincidentes. Su relevancia política nace precisamente de haber conseguido coordinar a actores tan heterogéneos; pero esa misma heterogeneidad impide convertir fácilmente esa coordinación en una estrategia coherente de transformación sistémica. En este sentido, la fortaleza de los vínculos entre sus miembros, comerciales, energéticos, financieros y diplomáticos, no elimina la existencia de una debilidad endémica ad intra, tanto dentro de cada Estado como en la relación política entre ellos (Nach & Ncwadi, 2024).

Esta tensión puede entenderse a la luz de la lectura de Kaplan sobre una especie de nueva “república de Weimar” global. Su argumento no consiste en afirmar que el mundo actual reproduzca mecánicamente la Alemania de entreguerras, sino en señalar que la globalización ha creado un sistema profundamente interconectado, en el que las crisis de una parte afectan rápidamente al conjunto, pero sin una coherencia política suficiente para ordenar esa interdependencia. Esta idea resulta útil para analizar los BRICS porque el bloque expresa precisamente esa paradoja: sus miembros están cada vez más conectados por intereses materiales y por una crítica compartida al orden occidental, pero esa conexión no se traduce automáticamente en cohesión institucional, confianza política o capacidad común de gobernanza. La interdependencia refuerza la necesidad de coordinación, pero no resuelve por sí sola las debilidades internas ni las rivalidades entre Estados (Kaplan, 2025).

Uno de los límites más claros aparece en el plano jurídico e institucional. Como señala Bono (2023), los BRICS carecen de una definición legal precisa comparable a la de una organización internacional formalmente consolidada. Esta ambigüedad tiene ventajas: reduce costes de entrada, facilita la flexibilidad y permite avanzar sin ceder demasiada soberanía. Pero también tiene costes evidentes. La baja densidad normativa dificulta definir obligaciones, delimitar competencias y garantizar continuidad más allá de la coyuntura política. Por eso, el bloque puede proyectar influencia y crear algunos instrumentos propios, pero sigue operando sobre una base institucional más ligera y menos exigente que la de otros marcos multilaterales (Bono, 2023).

Las divergencias se observan también en el plano geopolítico. No todos los miembros conciben del mismo modo la relación con Occidente, el papel de Estados Unidos o el significado práctico de la desdolarización. Para algunos, el bloque es ante todo un

vehículo para impulsar reformas graduales dentro del sistema; para otros, es también una herramienta para reducir de forma más marcada la centralidad occidental. Smith et al. (2015) ya señalaban esta tensión al preguntar si los BRICS actúan como fuerza de reforma o de adaptación. Esa pregunta sigue siendo válida hoy. El grupo ha demostrado capacidad para coordinar discursos y crear mecanismos parciales, pero no ha resuelto del todo si su horizonte es corregir asimetrías dentro del orden vigente o favorecer una reconfiguración más profunda del sistema internacional (Smith et al., 2015).

Las sanciones ilustran bien esa ambivalencia. Han fortalecido el argumento a favor de construir instrumentos propios y reducir dependencias, pero también han expuesto las diferencias internas del bloque. No todos los miembros perciben la amenaza de la misma forma ni tienen los mismos incentivos para acelerar una confrontación monetaria o financiera con Occidente. En términos prácticos, esto significa que las sanciones funcionan simultáneamente como factor de cohesión y como factor de divergencia: cohesionan porque evidencian vulnerabilidades compartidas; divergen porque el coste de responder a ellas no es igual para todos. Esta dinámica conecta con la idea de Kaplan: en un sistema global altamente conectado, la vulnerabilidad se transmite con rapidez, pero la capacidad de respuesta colectiva sigue siendo débil y políticamente fragmentada (Nogueira Batista et al., 2024; Kaplan, 2025).

La ampliación del grupo intensifica todavía más esa tensión. Cuanto mayor es el bloque, mayor es su peso agregado y su capacidad para disputar legitimidad al orden liberal tradicional. Pero, al mismo tiempo, cada nueva incorporación aumenta la complejidad de alcanzar consensos en materias sensibles como integración económica, coordinación financiera o estrategia geopolítica. La fuerza política de los BRICS reside precisamente en su capacidad para representar un mundo más plural; el problema es que esa pluralidad, que les da legitimidad, también complica su coherencia. El bloque gana escala más rápido de lo que gana densidad institucional (Stuenkel, 2016).

En conclusión, la principal fortaleza de los BRICS, reunir bajo una misma plataforma a actores diversos con capacidad real de peso internacional, es también su principal límite. El bloque importa porque refleja el desplazamiento del poder global, amplía el espacio de contestación institucional y ha comenzado a crear instrumentos propios. Pero sus divergencias internas, su ambigüedad jurídica y sus diferentes prioridades nacionales siguen impidiendo que actúe como un sustituto plenamente coherente del orden que cuestiona. Esa conclusión no reduce su relevancia; al contrario, la sitúa en su lugar exacto.

Los BRICS son importantes no porque ya hayan construido una alternativa sistémica acabada, sino porque expresan una transición en curso, todavía incompleta, entre un orden concentrado y un entorno internacional más fragmentado, interdependiente y disputado.

Precisamente por eso, el siguiente paso del análisis no puede quedarse en el plano del discurso o del diseño institucional. Que los BRICS tengan límites estructurales no impide que sus iniciativas, sus incentivos de diversificación y el contexto de sanciones estén produciendo efectos observables sobre el sistema monetario y financiero internacional. La cuestión decisiva pasa a ser, por tanto, empírica: hasta qué punto la desdolarización está avanzando realmente y cuánto de ese proceso puede atribuirse a la acción de los BRICS+, y no solo a tendencias más amplias de diversificación monetaria. Esa es la pregunta que organiza el capítulo 4.

4. La desdolarización como fenómeno geopolítico

4.1. Evidencia empírica del proceso de desdolarización

El análisis empírico de la desdolarización exige una primera precisión conceptual: no todas las variables monetarias miden lo mismo ni evolucionan del mismo modo. Las reservas oficiales, los pagos internacionales, la facturación comercial, los activos de reserva y las infraestructuras de compensación reflejan funciones distintas del dinero internacional. Por ello, hablar de desdolarización como si se tratara de un único proceso homogéneo puede resultar engañoso. Lo que muestran los datos recientes no es una sustitución lineal del dólar por una moneda rival dominante, sino una dinámica de diversificación desigual y fragmentada, compatible con la persistencia estructural de la centralidad monetaria estadounidense (International Monetary Fund, 2024a; Liu & Papa, 2022).

En el terreno de las reservas oficiales, la evidencia confirma una reducción gradual del peso relativo del dólar, aunque no una pérdida abrupta de su hegemonía. Según el IMF Data Brief correspondiente al cuarto trimestre de 2024, la cuota del dólar en las reservas asignadas se situó en el 57,8%, frente al 19,83% del euro y el 2,18% del renminbi (International Monetary Fund, 2025a). Esta cifra adquiere mayor sentido en perspectiva histórica: el propio FMI subraya que la participación del dólar ha caído en torno a diez puntos porcentuales en las últimas dos décadas, lo que confirma una erosión paulatina, no un desplome repentino (International Monetary Fund, 2024a). En segundo lugar, esa reducción no se ha traducido en el ascenso equivalente de una sola moneda alternativa, sino en una mayor participación de un conjunto más amplio de divisas “no tradicionales”, entre ellas el dólar australiano, el dólar canadiense, el won surcoreano o el propio renminbi (International Monetary Fund, 2024a). En términos analíticos, esto sugiere que la desdolarización observable en reservas se parece más a una diversificación fragmentada que a una transición ordenada hacia un nuevo centro monetario.

Si se amplía la mirada más allá de las reservas, el panorama general no se altera sustancialmente. El Banco Central Europeo señala que, en 2024, el euro siguió siendo la segunda moneda más importante del sistema monetario internacional y mantuvo una cuota cercana al 20% en las reservas oficiales con composición conocida (European Central Bank, 2025). Del mismo modo, un discurso del FMI de mayo de 2024 subrayó que el dólar seguía representando más del 80% de la financiación del comercio y casi el

60% de las reservas en divisas, incluso en un contexto de mayor riesgo geopolítico y crecientes debates sobre desdolarización (International Monetary Fund, 2024b). Estos datos son importantes porque muestran que, aunque la estructura monetaria internacional se está volviendo algo menos concentrada, el núcleo del sistema sigue siendo claramente dólar-céntrico.

Los pagos internacionales ofrecen una imagen parecida. Según el RMB Tracker de SWIFT de junio de 2025, el renminbi ocupó en mayo de 2025 el sexto lugar como moneda de pagos globales por valor, con una cuota del 2,89%; excluyendo la eurozona, también ocupó la sexta posición, con una cuota del 2,09% (SWIFT, 2025). Estas cifras confirman que el RMB ya no es una moneda irrelevante en términos operativos, pero también muestran la distancia que todavía le separa del dólar y del euro. Por tanto, la evidencia empírica no permite sostener que la desdolarización esté produciendo ya una sustitución sistémica del dólar. Lo que sí permite afirmar es que ciertos márgenes del sistema se están diversificando, y que esa diversificación responde tanto a razones económicas como geopolíticas.

La evidencia disponible refuerza la hipótesis central de este trabajo. Los datos no apuntan a una sustitución estructural e inmediata del dólar, sino a una dinámica de fragmentación parcial del sistema monetario internacional, en la que la moneda estadounidense conserva su centralidad, pero pierde parte de la exclusividad que había caracterizado etapas anteriores (International Monetary Fund, 2024a; International Monetary Fund, 2025a). Precisamente por ello, el análisis debe avanzar ahora hacia los actores que más claramente han contribuido a impulsar esta transformación: China y Rusia.

4.2. El papel de China y Rusia como impulsores del cambio

China y Rusia han actuado como impulsores del proceso de desdolarización, pero lo han hecho desde posiciones y con capacidades muy distintas. China representa el principal vector de cambio estructural, ya que es el único miembro del entorno BRICS con una moneda susceptible de ampliar funciones internacionales, con una base comercial de escala sistémica y con capacidad estatal suficiente para promover infraestructuras propias. Rusia, en cambio, ha operado sobre todo como acelerador geopolítico: su experiencia reciente ha hecho visible el coste estratégico de depender de redes financieras

dominadas por Occidente. Así, mientras China aporta capacidad material, Rusia aporta urgencia política (Liu & Papa, 2022; Nogueira Batista et al., 2024).

En el caso chino, el proceso debe entenderse dentro de una estrategia gradual de internacionalización del renminbi. Sin embargo, esa internacionalización no equivale automáticamente a una candidatura exitosa a la hegemonía monetaria. Eichengreen, Macaire, Mehl, Monnet y Naef muestran que una moneda puede ganar espacio como activo de reserva sin necesidad de plena liberalización de la cuenta de capital, siempre que disponga de respaldo político, credibilidad externa, redes comerciales amplias y mecanismos adecuados de acceso y convertibilidad (Eichengreen et al., 2022). Esta observación es importante porque permite escapar de una visión binaria: el renminbi no necesita reproducir exactamente el modelo del dólar para ganar relevancia internacional, pero esa ganancia de relevancia tampoco implica, por sí misma, que esté en condiciones de desplazarlo.

En la práctica, la estrategia china ha combinado comercio, instituciones financieras e infraestructuras de pago. El sistema Cross-Border Interbank Payment System (CIPS), lanzado en 2015, constituye un ejemplo claro de ello. CIPS amplió rápidamente su base de participantes y procesaba ya a finales de 2020 volúmenes diarios significativos en renminbi, lo que evidencia un esfuerzo sostenido por reducir la dependencia de mecanismos dominados por Occidente (Liu & Papa, 2022). No obstante, el propio funcionamiento de CIPS también pone de relieve los límites actuales del proceso, ya que sigue utilizando estándares de SWIFT para conectarse con el sistema global. Es decir, incluso cuando China crea infraestructura propia, esta aún opera en parte dentro del ecosistema preexistente y no al margen de él.

En esta misma línea, una nota del Board of Governors de la Reserva Federal publicada en agosto de 2024 señalaba que la internacionalización del RMB ha cobrado nuevo impulso tanto por el apoyo de las autoridades chinas como por los efectos indirectos de las sanciones financieras a Rusia, que reforzaron el interés por mecanismos menos dependientes del dólar (Board of Governors of the Federal Reserve System, 2024). Esta apreciación es valiosa porque conecta directamente economía y geopolítica: la expansión del renminbi no responde únicamente a la escala comercial de China, sino también al nuevo contexto estratégico generado por el uso intensivo de instrumentos financieros coercitivos.

Rusia, por su parte, no dispone de una moneda con capacidad real para disputar funciones monetarias globales, pero sí ha desempeñado un papel decisivo al transformar una vulnerabilidad potencial en una vulnerabilidad empíricamente visible. La congelación de activos, las restricciones financieras y la exclusión de ciertos circuitos de pago mostraron hasta qué punto la dependencia del sistema dólar-céntrico puede traducirse en coerción efectiva. Desde ese momento, la cuestión dejó de ser solo si el dólar seguiría dominando, y pasó a ser también qué riesgos implica depender de él en un entorno de rivalidad geopolítica intensificada (Farrell & Newman, 2019; Nogueira Batista et al., 2024). De este modo, Rusia ha actuado menos como proveedor de una alternativa sistémica y más como catalizador del debate sobre autonomía financiera.

La combinación entre capacidad china y urgencia rusa explica tanto el impulso del proceso como sus límites. China puede ampliar el uso de su moneda y construir mecanismos complementarios; Rusia contribuye a politizar la cuestión y a acelerar la percepción de riesgo. Sin embargo, ninguna de estas dos dinámicas elimina el problema central: la ausencia de una moneda alternativa que reúna simultáneamente liquidez, profundidad financiera, activos seguros, confianza institucional y capilaridad global comparables a las del dólar. Por ello, el papel de China y Rusia es fundamental para entender el avance del debate sobre desdolarización, pero no basta para concluir que ya exista una transición monetaria estructural en marcha (Eichengreen et al., 2022; Board of Governors of the Federal Reserve System, 2024).

4.3. Alternativas al dólar: yuan, oro, monedas digitales y sistemas de pago

La principal característica de las alternativas actuales al dólar es su heterogeneidad funcional. No existe una sola alternativa capaz de competir con la moneda estadounidense en todas sus dimensiones a la vez. Lo que existe es un conjunto de instrumentos distintos que reducen dependencia en funciones específicas del sistema: el yuan puede ampliar su papel en pagos, comercio y reservas; el oro sirve como activo menos expuesto a sanciones; las monedas digitales pueden alterar los canales técnicos de liquidación; y los sistemas de pago alternativos buscan reducir la vulnerabilidad frente a infraestructuras controladas por terceros. Esta fragmentación de alternativas no debilita el argumento del trabajo; al contrario, lo refuerza. Precisamente porque las alternativas son parciales y no plenamente equivalentes, la desdolarización observada hasta ahora adopta la forma de

una diversificación fragmentada y no de una sustitución integral del dólar (Eichengreen et al., 2022; International Monetary Fund, 2024b).

Dentro de ese conjunto, el renminbi es la única alternativa con potencial para expandirse en varias funciones monetarias a la vez. Su peso en pagos internacionales y reservas sigue siendo modesto, pero su avance responde a una estrategia sostenida de internacionalización apoyada por el Estado chino, la red comercial del país y la creación de infraestructuras financieras específicas. Aun así, su crecimiento sigue condicionado por límites conocidos: menor profundidad de mercado, convertibilidad incompleta, menor disponibilidad de activos seguros internacionalmente aceptados y una confianza institucional todavía inferior a la que rodea al dólar. Por ello, el RMB debe entenderse menos como sustituto inminente de la moneda estadounidense y más como una moneda de diversificación creciente dentro de un sistema todavía jerárquicamente dominado por el dólar (Liu & Papa, 2022; Board of Governors of the Federal Reserve System, 2024).

El oro, por su parte, cumple una función distinta y quizá más reveladora desde el punto de vista geopolítico. No compite con el dólar como moneda de pago o de facturación, pero sí como activo de reserva menos vulnerable a medidas coercitivas externas. En un entorno de mayor uso de sanciones financieras, el oro adquiere valor no solo por su condición de activo refugio, sino también porque las reservas físicas mantenidas bajo control nacional no pueden ser congeladas del mismo modo que ciertos activos denominados en moneda extranjera. El FMI ha señalado que algunas compras de oro por bancos centrales parecen haber estado asociadas al aumento del riesgo geopolítico y al temor a sanciones (International Monetary Fund, 2024b). Este dato es importante porque muestra que una parte de la desdolarización no consiste en pasar del dólar a otra moneda concreta, sino en desplazarse hacia activos menos expuestos a la coerción financiera. Desde esta lógica, el oro no sustituye funcionalmente al dólar, pero sí se convierte en una pieza central de las estrategias defensivas de diversificación.

Las monedas digitales de banco central y otros formatos de dinero digital plantean una tercera vía de transformación, distinta tanto del oro como del yuan. Su relevancia no reside necesariamente en crear una nueva moneda dominante, sino en modificar las condiciones tecnológicas y operativas de los pagos transfronterizos. El FMI ha advertido que las mejoras en eficiencia de pagos derivadas del dinero digital pueden influir en la adopción internacional de monedas para fines comerciales y financieros, aunque también subraya que persisten importantes obstáculos regulatorios, jurídicos y técnicos

(International Monetary Fund, 2024c). En este terreno, el caso más interesante es mBridge, una iniciativa conjunta entre China, Hong Kong, Tailandia, Emiratos Árabes Unidos y el BIS Innovation Hub orientada a experimentar con pagos transfronterizos basados en CBDCs. El proyecto es relevante porque muestra que el debate sobre desdolarización ya no pasa solo por “qué moneda usar”, sino también por “a través de qué infraestructura circulará esa moneda” (Bank for International Settlements, 2023). Aun así, conviene no exagerar su impacto: mBridge sigue siendo una experiencia avanzada, pero todavía no una infraestructura global capaz de disputar centralidad al sistema dominante.

Por último, los sistemas de pago alternativos deben analizarse como parte del problema del poder de red. La centralidad del dólar no descansa solo en su uso como moneda, sino también en su inserción en redes de mensajería, compensación, liquidación y financiación que funcionan como infraestructura crítica del sistema internacional. Desde esta perspectiva, desarrollar sistemas alternativos no implica necesariamente destronar al dólar, pero sí reducir puntos de vulnerabilidad y ampliar márgenes de autonomía. Esta es la lógica de CIPS, de la interoperabilidad entre sistemas domésticos y de varios experimentos recientes de pago transfronterizo. Sin embargo, por ahora muchas de estas infraestructuras siguen siendo parciales, regionales o interoperables con el ecosistema existente. Por tanto, reducen dependencia en ciertos nodos, pero no sustituyen todavía la arquitectura central del sistema (Farrell & Newman, 2019; Liu & Papa, 2022).

El significado geopolítico de estas alternativas no reside en que alguna de ellas haya reemplazado ya al dólar, sino en que todas ellas, desde funciones distintas, contribuyen a erosionar la idea de que el sistema monetario internacional debe seguir organizado en torno a una única moneda central y una única infraestructura dominante. El yuan amplía opciones monetarias; el oro protege frente a la coerción; las CBDCs abren nuevas posibilidades técnicas; y los sistemas de pago alternativos reducen dependencia operativa. Precisamente porque ninguna de estas vías basta por sí sola, la desdolarización avanza como proceso parcial, disperso y estratégicamente defensivo.

4.4. Impacto de las sanciones financieras en la aceleración del proceso

Si existe un ámbito en el que la relación causal entre geopolítica y desdolarización resulta más clara, ese es el de las sanciones financieras. La relevancia del argumento de Farrell

y Newman radica en mostrar que la interdependencia no es políticamente neutra: cuando algunos Estados controlan los nodos centrales de las redes económicas internacionales, pueden utilizar esa posición para vigilar, excluir y presionar a otros actores. Aplicado al sistema monetario, esto significa que la centralidad del dólar no solo genera liquidez y eficiencia, sino también una capacidad estructural de coerción (Farrell & Newman, 2019).

Desde esta perspectiva, el uso creciente de sanciones financieras en la última década ha modificado el significado político de la hegemonía monetaria estadounidense. Lo que antes podía interpretarse sobre todo como una ventaja funcional del sistema, hoy se percibe también como una fuente potencial de vulnerabilidad para terceros Estados. La cuestión no es únicamente que Estados Unidos tenga capacidad de sancionar, sino que el funcionamiento de los pagos, de las reservas y de parte de la intermediación financiera global hace que esa capacidad sea especialmente efectiva. Por ello, la reacción de algunos países no ha consistido necesariamente en rechazar el sistema, sino en buscar mecanismos de reducción de exposición y mayor autonomía relativa (Nogueira Batista et al., 2024).

La congelación de reservas rusas tras la invasión de Ucrania constituye, en este sentido, un punto de inflexión especialmente importante. Más allá de sus implicaciones inmediatas para Rusia, el episodio alteró el cálculo estratégico de otros países, al mostrar que activos en principio seguros podían quedar sujetos a decisiones políticas extraordinarias. El FMI ha reconocido que algunas compras recientes de oro por parte de bancos centrales parecen responder precisamente a este nuevo entorno geopolítico y al temor a sanciones (International Monetary Fund, 2024b). Esto no significa que los bancos centrales estén abandonando masivamente el dólar, pero sí que el riesgo político asociado a ciertas formas de dependencia financiera se ha vuelto más visible y más relevante.

En este contexto, las sanciones han operado simultáneamente como mecanismo de coerción y como catalizador indirecto de la desdolarización. Han reforzado los incentivos para desarrollar acuerdos en monedas locales, ampliar el uso de infraestructuras alternativas y diversificar reservas hacia activos menos expuestos al control externo. Sin embargo, conviene evitar aquí una lectura maximalista. Las sanciones no han destruido la centralidad del dólar, ni han generado por sí solas una arquitectura monetaria alternativa plenamente operativa. Su principal efecto ha sido otro: acelerar la percepción de vulnerabilidad asociada a la dependencia del sistema dólar-céntrico y hacer más racional la búsqueda de redundancias y mecanismos complementarios (Farrell & Newman, 2019; Nogueira Batista et al., 2024).

El impacto geopolítico de las sanciones no debe medirse solo por el castigo que imponen a su objetivo inmediato, sino también por el modo en que alteran las preferencias y estrategias de otros actores del sistema. Cuanto más visible se vuelve la dimensión coercitiva del orden monetario, más probable es que algunos Estados opten por reducir exposición, diversificar relaciones monetarias o fortalecer instrumentos alternativos, aunque sean parciales. Este es, probablemente, el vínculo más claro entre geopolítica y desdolarización en la actualidad. No demuestra que el dólar haya sido reemplazado, pero sí explica por qué la contestación a su centralidad gana profundidad política.

El capítulo confirma que la desdolarización existe como tendencia, pero no como sustitución estructural consumada. Los datos muestran diversificación más que relevo; China y Rusia impulsan el proceso desde posiciones distintas; y las sanciones financieras han reforzado la lógica de reducción de dependencia, aunque sin crear todavía una alternativa comparable al sistema dólar-céntrico. Esta conclusión enlaza directamente con la hipótesis central del trabajo: el mundo no se encuentra aún ante un nuevo orden monetario plenamente formado, sino ante una fase de fragmentación parcial en la que la hegemonía estadounidense sigue siendo predominante, pero cada vez más discutida y estratégicamente contestada. Precisamente por ello, el siguiente paso del análisis debe centrarse en cómo está respondiendo Estados Unidos a este entorno de hegemonía persistente, aunque menos incuestionada que en etapas anteriores.

5. Estados Unidos ante el nuevo orden mundial

Este capítulo sostiene que la respuesta estadounidense al desafío de la desdolarización no constituye, en sentido estricto, una defensa del dólar como moneda, sino una reconfiguración de la hegemonía estadounidense hacia una forma más explícitamente coercitiva de poder económico. La cuestión central no es solo monetaria. Lo que Washington busca preservar es un ecosistema más amplio de centralidad articulado en torno a comercio, finanzas, tecnología, energía, inversión e infraestructuras críticas. Precisamente por eso, la desdolarización importa menos como sustitución inmediata del dólar que como señal de que un número creciente de actores intenta reducir su exposición frente a un sistema percibido como cada vez más politizado. La paradoja es que la estrategia diseñada para contener esa tendencia puede, a medio plazo, reforzar los incentivos que la alimentan.

5.1. La estrategia estadounidense frente al desafío de la desdolarización

Para captar mejor esa mutación conviene precisar el concepto de hegemonía defensiva. No se emplea aquí como término cerrado de la literatura, sino como una categoría analítica construida a partir de dos intuiciones complementarias. Por un lado, la idea de financial statecraft como uso intencional de palancas monetarias, crediticias y de inversión para obtener ventaja económica y política; por otro, la idea de weaponized interdependence, según la cual el control de nodos críticos de la red global permite transformar la conectividad en instrumento de coerción. A partir de ambas, puede entenderse por hegemonía defensiva una estrategia orientada a preservar centralidad sistémica no ya mediante la ampliación consensuada de un orden relativamente abierto, sino mediante la administración selectiva del acceso a mercados, financiación, tecnología y redes de pagos. Esa definición permite situar la respuesta estadounidense en un terreno más amplio que el estrictamente monetario. (Armijo & Katada, 2015; Farrell & Newman, 2019).

Desde esa perspectiva, el problema para Estados Unidos no es, por ahora, un reemplazo inminente del dólar. Los diagnósticos recientes del FMI siguen mostrando que el sistema monetario internacional permanece ampliamente centrado en la moneda estadounidense.

Esta interdependencia también se observa en la tenencia china de deuda estadounidense. Aunque China ha reducido progresivamente su exposición a los bonos del Tesoro norteamericano, sigue siendo uno de los principales acreedores extranjeros de Estados Unidos, con aproximadamente 693.300 millones de dólares en Treasury securities en febrero de 2026. Esta posición no otorga a Pekín una capacidad ilimitada de presión sobre Washington, ya que una venta masiva de Treasuries también dañaría el valor de sus propias reservas y podría desestabilizar los mercados globales. Sin embargo, sí ilustra una paradoja central de la hegemonía financiera estadounidense: incluso sus principales rivales estratégicos continúan integrados en las infraestructuras financieras del dólar. Por ello, la rivalidad monetaria entre Estados Unidos y China no debe entenderse como una desconexión absoluta, sino como una relación de dependencia mutua asimétrica, en la que China busca reducir exposición sin romper todavía con un sistema que sigue proporcionando liquidez, seguridad y escala financiera (U.S. Department of the Treasury, 2026).

El problema real es otro: que la centralidad del dólar deje de percibirse exclusivamente como un bien funcional del sistema y pase a leerse cada vez más como una fuente de vulnerabilidad política. Cuanto mayor es la percepción de que pagos, reservas, financiación o acceso a mercados pueden condicionarse por decisiones estratégicas de Washington, más razonable resulta para otros actores explorar fórmulas de cobertura. En ese sentido, la desdolarización importa menos por lo que ya ha logrado y más por lo que revela sobre la transformación del entorno estratégico del dólar. (Arslanalp et al., 2024; Gopinath, 2024).

Además, la eficacia de esta estrategia no puede darse por supuesta. Eichengreen ha advertido que las sanciones contra Rusia y los esfuerzos chinos por desarrollar alternativas a SWIFT y a la intermediación financiera occidental deben analizarse conjuntamente, porque el uso intensivo del poder financiero genera incentivos para la construcción de infraestructuras paralelas. En una línea cercana, el FMI subraya que el sistema sigue estable y centrado en el dólar, pero añade que desarrollos geopolíticos y económicos recientes podrían debilitar esa estabilidad. La cuestión, por tanto, no es solo cuánto poder conserva Estados Unidos, sino si la forma de ejercerlo erosiona parte de la confianza y previsibilidad que también sostienen ese poder. (Eichengreen, 2022).

De ahí que la respuesta estadounidense frente a la desdolarización no se concentre en el plano monetario en sentido estricto. Lo que se intenta reforzar es el ecosistema que hace

posible la primacía del dólar: acceso privilegiado a tecnología, control sobre semiconductores avanzados, capacidad para imponer costes comerciales, poder para sancionar redes financieras y margen para rediseñar cadenas críticas de suministro. Por eso, los apartados siguientes se ocupan del proteccionismo, de la coerción bilateral frente a miembros y socios de los BRICS, de la rivalidad estructural con China y del dilema final entre contención y fragmentación. No son temas yuxtapuestos, sino distintas expresiones de una misma estrategia de poder.

5.2. La política de “America First” y el retorno del proteccionismo

La política de America First debe interpretarse menos como un simple retorno a aranceles más altos y más como una doctrina de reconstrucción del poder estatal. En este marco, el proteccionismo deja de aparecer como anomalía frente al ideal liberal de apertura y pasa a justificarse como condición para restaurar soberanía económica, capacidad manufacturera y resiliencia estratégica. Esa reformulación resulta clave porque transforma el sentido político del cierre comercial: ya no se presenta como negación del orden, sino como corrección de un sistema descrito como asimétrico, permisivo con la desindustrialización y disfuncional en un contexto de competencia entre grandes potencias.

El lenguaje de la “reciprocidad” cumple una función central en ese giro. En el régimen multilateral clásico, la reciprocidad se inscribía en reglas generales relativamente impersonales. La lógica actual es distinta. La reciprocidad trumpiana no opera como principio común de concesiones mutuas, sino como justificación para que Estados Unidos redefina unilateralmente qué considera trato justo y qué considera abuso. El paso es relevante: se transita desde una reciprocidad regida por normas hacia una reciprocidad basada en poder. La política comercial deja así de descansar primariamente en procedimientos multilaterales y se desplaza hacia una administración mucho más discrecional del acceso al mercado estadounidense.

El memorándum America First Trade Policy, de 20 de enero de 2025, y la orden ejecutiva del 2 de abril de 2025 cristalizan este desplazamiento. En la segunda, Trump elevó los déficits comerciales persistentes a la categoría de “amenaza extraordinaria” para la economía y la seguridad nacional de Estados Unidos, fijó una tarifa base del 10% y anunció recargos específicos más elevados para numerosos socios, entre ellos China con

un 34%, India con un 26% y Sudáfrica con un 30%. Lo decisivo no es solo el nivel de los aranceles, sino la operación doctrinal que los hace posibles: un desequilibrio económico debatible se convierte en fundamento de excepción y habilita al Ejecutivo a actuar con márgenes mucho más próximos a la lógica de seguridad que a la política comercial ordinaria. La tarifa deja de ser solo barrera económica y pasa a ser instrumento de reordenación estratégica del entorno comercial de Estados Unidos. (The White House, 2025a; The White House, 2025c).

Las consecuencias materiales de este giro también importan. El FMI revisó de forma marcada a la baja sus previsiones de crecimiento mundial en abril de 2025 y vinculó ese deterioro a tipos efectivos de arancel “no vistos en un siglo” y a un entorno altamente imprevisible. El BIS, por su parte, advirtió que el aumento de tensiones comerciales y la incertidumbre asociada pueden dañar crecimiento, productividad y estabilidad macrofinanciera. Esto permite introducir un matiz esencial: el proteccionismo puede ser coherente con una estrategia de reforzamiento estatal y, al mismo tiempo, actuar como motor de fragmentación del entorno económico global. Dicho de otro modo, la lógica política del arancel no elimina sus costes sistémicos. (International Monetary Fund, 2025h; Bank for International Settlements, 2025).

En consecuencia, *America First* no debe leerse como una acumulación de medidas dispersas, sino como un cambio en la forma en que Estados Unidos concibe la apertura. El mercado estadounidense sigue siendo central, pero su acceso pasa a depender cada vez más de criterios de seguridad, utilidad estratégica y alineamiento. La apertura no desaparece. Se convierte en un recurso administrado políticamente. Y ese cambio resulta decisivo para el argumento del capítulo: la hegemonía estadounidense no se repliega sin más, sino que se rediseña en términos más selectivos y más coercitivos.

5.3. Donald Trump y la agenda frente a los BRICS: aranceles, sanciones y presión a terceros

El rasgo más significativo de la actuación estadounidense frente al entorno BRICS no es la existencia de una doctrina formal única contra el bloque, sino la bilateralización de la coerción. Washington no se enfrenta al BRICS como sujeto colectivo, sino que opera sobre sus miembros y sobre sus entornos relacionales de manera diferenciada. Esa pauta parece funcional a una lógica muy concreta: explotar la heterogeneidad interna del grupo

e impedir que su contestación dispersa cristalice en una coordinación efectiva. Vista así, la estrategia estadounidense no pretende necesariamente derrotar al BRICS como unidad, sino elevar costes de forma selectiva para agrandar sus divergencias internas.

Comparativamente, el repertorio estadounidense puede ordenarse en cuatro modalidades de coerción. La primera es una coerción punitiva vinculada a conductas internas de soberanía, visible en Brasil. La segunda es una coerción de realineamiento estratégico, visible en India. La tercera es una coerción secundaria o extraterritorial sobre terceros, visible en los casos de Venezuela e Irán. La cuarta es una interdicción de redes financieras y comerciales, visible en Treasury y OFAC. Esta tipología permite salir del inventario y mostrar un patrón: la defensa de la centralidad estadounidense se ejerce trasladando costes no solo al adversario principal, sino también a sus socios, facilitadores y canales de conexión. (Itskhoki & Ribakova, 2024).

El caso de Brasil ilustra bien la primera modalidad. La orden ejecutiva de 30 de julio de 2025 declaró una emergencia nacional respecto a Brasil y estableció un arancel adicional del 40% sobre determinados productos brasileños. La justificación oficial no giró en torno a dumping ni a desequilibrios comerciales clásicos, sino a cuestiones de libertad de expresión, tratamiento de plataformas estadounidenses, rule of law y derechos fundamentales. El precedente es importante: el arancel deja de operar únicamente como correctivo frente a una práctica económica y pasa a utilizarse como castigo frente a conductas internas de soberanía reinterpretadas por Washington como amenaza externa. Más aún, la respuesta brasileña fue frontalmente soberanista: el Planalto sostuvo que todas las empresas, nacionales o extranjeras, deben cumplir la ley brasileña, y negó además la tesis del supuesto déficit comercial estadounidense, afirmando que las estadísticas oficiales de EE. UU. muestran un superávit acumulado de 410.000 millones de dólares a favor de Estados Unidos en el comercio de bienes y servicios con Brasil en los últimos quince años. Esto sugiere que la coerción no produjo alineamiento, sino resistencia política y discursiva. (The White House, 2025d; Government of Brazil, 2025).

La segunda modalidad, la coerción de realineamiento estratégico, aparece con claridad en India. En agosto de 2025, la administración estadounidense impuso un arancel adicional del 25% sobre importaciones procedentes de India por sus compras directas o indirectas de petróleo ruso. En febrero de 2026, la Casa Blanca modificó la medida tras compromisos indios para dejar de importar ese petróleo, aumentar compras de energía estadounidense y profundizar la cooperación en defensa. El patrón es claro: la presión

económica se usa para alterar el comportamiento estratégico de un actor que no actúa directamente contra Washington, pero cuya conducta reduce la eficacia de la coerción estadounidense sobre Rusia. Sin embargo, la respuesta india fue ambivalente y deja ver el límite del instrumento. El Ministerio de Asuntos Exteriores de India sostuvo que sus importaciones obedecían a “market factors” y a la necesidad de garantizar la seguridad energética de 1.4 mil millones de personas, y calificó los aranceles de “unfair, unjustified and unreasonable”. Esto sugiere que el cambio de conducta, en la medida en que exista, debe entenderse más como concesión táctica bajo presión que como realineamiento profundo. (The White House, 2026b; Government of India, 2025).

La tercera modalidad es la coerción secundaria o extraterritorial. En marzo de 2025, la Casa Blanca autorizó la imposición de un arancel del 25% a países que importaran petróleo venezolano; en febrero de 2026 estableció además un mecanismo para imponer tarifas a países que adquirieran bienes o servicios de Irán. Aquí el objetivo ya no es solo castigar al régimen sancionado, sino elevar el coste para los terceros que contribuyen a sostenerlo. Esta lógica modifica el cálculo de muchos Estados del Sur Global: el problema deja de ser únicamente la relación económica con Caracas o Teherán y pasa a ser la exposición a la arquitectura sancionadora estadounidense. Justamente por eso, cuanto más se expande la coerción secundaria, más racional resulta buscar vías de reducción de dependencia frente a las redes controladas por Washington. (The White House, 2025b; The White House, 2026a; Farrell & Newman, 2019).

La cuarta modalidad es la interdicción de redes. La acción anunciada por Treasury en enero de 2025 contra esquemas de evasión de sanciones que vinculaban actores rusos, chinos y una entidad financiera de Kirguistán ilustra bien esta lógica. A ello se suma la guía actualizada de OFAC de junio de 2024 para instituciones financieras extranjeras que faciliten transacciones significativas vinculadas a la base militar-industrial rusa. Lo importante aquí es que la coerción se dirige no solo contra Estados concretos, sino contra la posibilidad misma de que surjan circuitos funcionales alternativos. En un contexto en el que parte de la estrategia BRICS descansa en acuerdos en monedas locales, plataformas de pago y arquitectura financiera menos dependiente del dólar, la interdicción de redes es la forma de coerción más directamente conectada con la lógica de desdolarización. (U.S. Department of the Treasury, 2025; U.S. Department of the Treasury, Office of Foreign Assets Control, 2024).

El patrón es claro. Brasil muestra la expansión de la coerción hacia cuestiones internas de soberanía; India, su uso para reordenar conductas estratégicas; Venezuela e Irán, la ampliación extraterritorial del castigo; y Treasury/OFAC, la dimensión reticular del poder estadounidense. Lo que une estos casos no es una idéntica motivación inmediata, sino una misma lógica de fondo: defender la centralidad estadounidense fragmentando el espacio de maniobra de quienes, directa o indirectamente, reducen su capacidad de coerción. Esa lógica puede ser funcional en el corto plazo. Pero también refuerza la percepción de que la vulnerabilidad frente al sistema dólar-céntrico no es hipotética, sino real y políticamente costosa.

5.4. Competencia tecnológica, energética y monetaria con China

Si los BRICS expresan contestación, China representa el único desafío con potencial verdaderamente estructural. Esa asimetría debe reflejarse analíticamente. El núcleo duro de la respuesta estadounidense no se dirige tanto a una pluralidad difusa de experimentos desdolarizadores como a un rival que puede combinar escala económica, capacidad estatal, ambición tecnológica y construcción gradual de plataformas alternativas. Por ello, la rivalidad con China no se plantea de manera adecuada si se formula solo en términos de competencia entre monedas. Lo que está en juego es la disputa entre dos modelos de inserción sistémica. El modelo estadounidense se apoya en mercados financieros profundos, activos seguros, liquidez global del dólar, centralidad de SWIFT y CHIPS, seguridad jurídica y una extraordinaria capacidad de sanción. El modelo chino emergente descansa menos en la plena convertibilidad del renminbi y más en la combinación de comercio, financiación ligada a infraestructura, inversión exterior, sistemas de pago propios, economía digital y vínculos densos con el Sur Global. No son aún dos órdenes equivalentes, pero sí dos lógicas distintas de proyección internacional (Cohen, 2015; Doshi, 2021).

La fortaleza del modelo estadounidense sigue siendo muy superior. El dólar continúa ocupando un lugar central en reservas, financiación, pagos y como activo seguro. La propia Reserva Federal, en su nota de agosto de 2024 sobre la internacionalización del renminbi, insiste en que el RMB todavía afronta límites importantes: convertibilidad incompleta, menor profundidad financiera, menor disponibilidad de activos seguros y marcos institucionales que dificultan su consolidación como moneda de reserva

comparable al dólar. Este matiz es crucial para el TFG. El desafío chino no debe sobredimensionarse en clave de sustitución inminente. Pero tampoco debe minimizarse. Precisamente porque China no necesita reemplazar completamente al dólar para reducir la eficacia del poder estadounidense, su avance parcial en pagos, comercio, energía y finanzas digitales ya tiene relevancia geopolítica (Board of Governors of the Federal Reserve System, 2024; Eichengreen, 2022).

Aquí la dimensión tecnológica se vuelve decisiva. La competencia por los semiconductores avanzados no es un asunto sectorial, sino una lucha por las infraestructuras del poder futuro. Quien controle la producción y el acceso a chips avanzados condiciona la capacidad de desarrollar inteligencia artificial, computación de alto rendimiento, comunicaciones seguras, ciberseguridad, armamento avanzado y sistemas financieros digitales complejos. Por ello, la conexión entre semiconductores y desdolarización no es indirecta ni secundaria. Sin chips avanzados, China difícilmente podrá sostener a largo plazo una arquitectura tecnológica capaz de respaldar su autonomía estratégica en IA, plataformas digitales soberanas o infraestructuras de pagos de nueva generación. En este sentido, la contención tecnológica estadounidense forma parte de la defensa del ecosistema que sostiene la primacía monetaria, aunque actúe varios niveles antes de la moneda misma.

Las cifras ilustran bien la magnitud de este esfuerzo. Según el informe de CNAS sobre sanciones y export controls en 2024, el Department of Commerce añadió 520 personas a la Entity List, un 11% más que en 2023. China concentró 263 de esas adiciones, más de la mitad del total, y aproximadamente 132 estuvieron vinculadas específicamente a contribuciones al sector chino de semiconductores avanzados. Estos datos muestran que la contención no es una formulación abstracta, sino una política sostenida y cuantificable de restricción sobre los sectores que Washington considera más decisivos para la modernización tecnológica y militar china. Leídos desde la teoría de Strange, estos controles no operan solo sobre bienes; operan sobre las estructuras de posibilidad de desarrollo del rival.

La política estadounidense, además, no persigue una desconexión absoluta, sino una gestión jerárquica de la interdependencia. En marzo de 2025, el Bureau of Industry and Security amplió restricciones sobre capacidades chinas en inteligencia artificial y computación avanzada. En enero de 2026, revisó su política de licencias para determinados semiconductores exportados a China, manteniendo restricciones severas

pero dejando margen para autorizar ciertas operaciones bajo condiciones estrictas. El patrón es claro: Washington no abandona la interdependencia, sino que busca conservar la capacidad unilateral de decidir qué flujos son tolerables y cuáles ponen en riesgo su primacía. Esta selectividad confirma que la apertura ya no funciona como principio universal. Se convierte en una herramienta de poder administrada de manera diferenciada según utilidad estratégica, riesgo tecnológico y alineamiento político (Bureau of Industry and Security, 2025; Bureau of Industry and Security, 2026).

La dimensión energética añade una capa adicional al problema. La centralidad del dólar ha estado históricamente vinculada, entre otros factores, a su papel dominante en los mercados energéticos internacionales. Por ello, cualquier desplazamiento significativo hacia liquidaciones energéticas en renminbi tendría consecuencias que irían mucho más allá de la mera diversificación comercial. Aquí conviene evitar maximalismos. S&P Global sostiene que el petróleo saudí denominado en RMB enfrenta todavía obstáculos importantes y que su expansión hasta una escala relevante podría tardar décadas. Sin embargo, esta cautela no reduce la importancia estratégica del movimiento. Allí donde China logra articular comercio energético, financiación, infraestructura y plataformas de pago, la relación entre energía y moneda deja de ser una hipótesis teórica y se convierte en una vía concreta, aunque gradual, de reducción de la centralidad funcional del dólar. El “petrodólar” no desaparece, pero su exclusividad potencialmente se erosiona allí donde el poder energético empieza a conectarse con nuevos corredores monetarios (S&P Global, 2024; Cohen, 2015).

Esta cuestión es especialmente sensible porque China combina dependencia energética externa con una intensa capacidad de construcción de relaciones materiales de largo plazo. La energía no es solo un insumo económico; es también un punto de anclaje geopolítico. Si parte del comercio de hidrocarburos con proveedores clave puede empezar a denominarse en RMB, y si además ese comercio se articula con inversiones, infraestructuras logísticas y financiación atada, entonces la competencia monetaria se desplaza hacia un terreno mucho más estructural. Ya no se trata solo de qué moneda resulta más líquida, sino de qué potencia consigue integrar mejor moneda, infraestructura, comercio y seguridad de suministros. Desde esa perspectiva, la rivalidad energética con China es inseparable del debate sobre desdolarización.

Esta tendencia se observa también en la reorientación rusa de sus pagos energéticos hacia fórmulas menos dependientes del dólar y del euro. Aunque las informaciones sobre una

denominación generalizada de futuros contratos energéticos con Europa en rublos y yuanes deben tratarse con cautela, la dirección del proceso es clara: Moscú ha vinculado cada vez más su estrategia energética a prácticas de pago alternativas, especialmente en un contexto de sanciones occidentales y de mayor demanda asiática. Esta evolución no supone la desaparición inmediata del petrodólar, pero sí muestra cómo la energía se convierte en un espacio privilegiado de fragmentación monetaria, porque combina comercio estratégico, vulnerabilidad frente a sanciones y búsqueda de autonomía financiera (Reuters, 2023).

La dimensión digital completa este cuadro. El proyecto e-CNY y su despliegue transfronterizo en Hong Kong muestran que la competencia monetaria futura se librará también sobre plataformas tecnológicas. En mayo de 2024, la HKMA y el PBoC ampliaron el piloto transfronterizo del e-CNY en Hong Kong y subrayaron que la interoperabilidad entre el Faster Payment System hongkonés y el sistema del e-CNY constituía la primera conexión de este tipo entre un sistema de pagos rápidos y una CBDC. Además, 17 bancos minoristas de Hong Kong participaron en el servicio de recarga de carteras e-CNY a través del FPS. A ello se añade mBridge, presentado por el BIS como una plataforma multicBDC para pagos transfronterizos con diseño modular, escalable y orientado a reducir fricciones de liquidación. Ninguna de estas herramientas constituye todavía una alternativa sistémica al ecosistema del dólar. Pero sí muestran que China no necesita replicar exactamente el modelo estadounidense para debilitarlo en sus márgenes. Le basta con construir corredores funcionales donde el coste político y operativo de seguir dependiendo de la infraestructura occidental resulte relativamente más alto (Hong Kong Monetary Authority, 2024; Bank for International Settlements, 2022).

Esto conecta directamente con Eichengreen. Su análisis sobre sanciones, SWIFT y CIPS sugiere que el efecto más relevante de la coerción financiera occidental no es la creación inmediata de un universo paralelo plenamente equivalente, sino el impulso a iniciativas parciales que, acumuladas, reducen vulnerabilidad y crean capacidad de escape relativa. Precisamente por eso, la competencia monetaria con China no puede medirse solo por la cuota internacional actual del RMB. Debe medirse por la velocidad con la que China logra articular comercio, pagos, energía, infraestructura y herramientas digitales en una red suficientemente densa como para ofrecer autonomía parcial a terceros. Ese proceso sigue siendo limitado y desigual. Pero su importancia estratégica es mayor que la que reflejan

por sí solos los indicadores monetarios tradicionales (Eichengreen, 2022; Board of Governors of the Federal Reserve System, 2024).

La rivalidad con China es el punto en el que mejor se observa la transformación del orden monetario en una disputa por infraestructuras de poder. Estados Unidos no compite solo por mantener el uso internacional del dólar. Compite por conservar el control sobre las bases materiales que sostienen esa primacía: semiconductores, tecnología avanzada, plataformas de pago, energía, minerales críticos y alianzas industriales. China, por su parte, no necesita superar de inmediato a Estados Unidos en todos esos frentes. Le basta con construir un ecosistema parcial de autonomía y proyección que reduzca la eficacia del poder coercitivo estadounidense. Por eso, este subapartado es estructuralmente central: la desdolarización, en el caso chino, no es una cuestión monetaria aislada, sino una dimensión de la gran rivalidad por el diseño del orden económico internacional del siglo XXI.

5.5. ¿Contención o fragmentación? Los dilemas de la hegemonía estadounidense

A la luz de los apartados anteriores, la pregunta del título debe reformularse. Contención y fragmentación no son alternativas excluyentes. Son dinámicas simultáneas producidas por una misma estrategia. Estados Unidos contiene cuando eleva el coste de la desalineación, restringe el acceso del rival a tecnologías críticas, castiga vínculos energéticos considerados estratégicamente adversos y dificulta la consolidación de plataformas paralelas de pagos y financiación. Pero también fragmenta cuando ese uso intensivo de la coerción vuelve más visible el carácter condicional del sistema y alienta a otros actores a construir mecanismos de cobertura frente a la vulnerabilidad que genera depender de él. La cuestión relevante no es, por tanto, si Washington contiene o fragmenta, sino cuál de las dos dinámicas se acelera con mayor rapidez y con qué consecuencias para el sistema internacional.

En este punto, la aportación de Cox resulta especialmente útil. La hegemonía no se sostiene solo por coerción. Requiere también consenso, legitimidad e institucionalización. Cuando el consenso se erosiona, la coerción puede aumentar; pero ese aumento no equivale necesariamente a fortaleza. Puede ser también síntoma de una base hegemónica más estrecha. Trasladado al caso estadounidense, el dilema es claro. Washington conserva una centralidad operativa extraordinaria. El dólar sigue siendo dominante y no existe un

sustituto equivalente. Sin embargo, la defensa de esa centralidad parece descansar cada vez menos en la legitimidad funcional del orden y cada vez más en la capacidad de administrar acceso, excepción y castigo. Si esa tendencia se consolida, la hegemonía puede seguir siendo eficaz en el corto plazo y, al mismo tiempo, volverse más costosa y menos sostenible en el medio plazo (Cox, 1983).

Por ello, surge una cuestión adicional: hasta qué punto esta fragmentación responde a una transformación estructural del sistema internacional o a una falta de liderazgo hegemónico bajo la administración Trump. La respuesta exige evitar una explicación excesivamente personalista. La erosión del consenso liberal, el ascenso de China, la securitización de la economía y el uso creciente de sanciones son tendencias anteriores a Trump y no pueden atribuirse únicamente a su estilo político. Sin embargo, su forma de ejercer el poder sí puede haber acelerado esa dinámica. Al priorizar aranceles, presión bilateral, coerción secundaria y decisiones unilaterales, la administración Trump debilitó la dimensión consensual de la hegemonía estadounidense y reforzó la percepción de que el acceso al sistema liderado por Estados Unidos dependía cada vez más de alineamientos políticos coyunturales. En ese sentido, el problema no sería solo una “falta de liderazgo” entendida como ausencia de poder, sino una transformación del liderazgo en una forma más transaccional, menos institucionalizada y menos capaz de generar aceptación duradera entre aliados, socios y rivales.

Los diagnósticos institucionales recientes encajan con esta lectura. El BIS ha advertido que las tensiones comerciales y la incertidumbre política han oscurecido de manera significativa las perspectivas de crecimiento y pueden dañar tanto la productividad como la estabilidad macrofinanciera. El FMI, por su parte, sostiene que el sistema monetario internacional sigue ampliamente centrado en el dólar, pero reconoce que la geopolítica afecta cada vez más al comercio, a los balances externos y a la organización de las cadenas de suministro (International Monetary Fund, 2025c). Y el trabajo de Boz y coautores sobre moneda de facturación sugiere que, aunque el dólar mantiene su predominio, los patrones monetarios empiezan a reflejar con mayor claridad la fragmentación geopolítica. No hay aún un relevo lineal de la moneda hegemónica. Pero sí una reorganización del entorno que la rodea, de modo que su centralidad convive con una pérdida gradual de neutralidad política (Bank for International Settlements, 2025; Boz et al., 2025).

Una breve comparación histórica ayuda a situar mejor esta tensión. La libra esterlina no desapareció de la noche a la mañana cuando el Reino Unido dejó de ser la principal

potencia económica. Persistió durante un tiempo gracias a inercia institucional, redes financieras y ausencia de un sustituto instantáneo. Pero esa persistencia coexistió con la erosión de sus fundamentos materiales y políticos. La analogía no debe forzarse. La posición del dólar actual es mucho más sólida que la de la libra en el periodo de entreguerras. Aun así, la comparación recuerda una lección importante: las monedas internacionales no se sostienen únicamente por tamaño económico o por hábito. Dependen también de la confianza en el orden que las respalda. Si ese orden se vuelve más incierto, más selectivo y más coercitivo, la resiliencia monetaria puede mantenerse, pero sobre bases progresivamente más tensas (Eichengreen, 2008).

La conclusión del capítulo se sigue de esa tensión. La respuesta estadounidense frente a la desdolarización no expresa el abandono de la hegemonía, sino su mutación. Estados Unidos sigue siendo el centro operativo del sistema. Pero responde a un entorno menos complaciente con instrumentos más duros, más selectivos y más bilaterales. Esa estrategia puede preservar ventajas decisivas y contener parcialmente a sus rivales en el corto plazo. Sin embargo, también amplía los incentivos para que otros actores, como potencias emergentes, socios ambiguos e incluso aliados, desarrollen fórmulas de reducción de dependencia. El resultado más plausible no es, por ahora, un orden post-dólar, sino un sistema más fragmentado, más político y más regionalizado funcionalmente. Precisamente por ello, el siguiente capítulo debe examinar cómo esta tensión se proyecta sobre otros espacios del sistema internacional: qué significa para la Unión Europea, cómo altera los márgenes de maniobra de Iberoamérica y del Sur Global, y qué escenarios abre para la estabilidad del orden financiero internacional en su conjunto.

6. Impactos globales y escenarios futuros

6.1. Efectos de la desdolarización en la Unión Europea

La posición de la Unión Europea ante la desdolarización no puede interpretarse bajo una lógica de beneficio automático. La erosión relativa del dólar no se traduce mecánicamente en un ascenso equivalente del euro. Para la UE, la fragmentación del sistema monetario internacional abre una oportunidad limitada, pero también un riesgo estructural: el de quedar situada entre dos centros de poder cada vez más competitivos, Estados Unidos y China, sin haber completado todavía las bases institucionales, financieras y tecnológicas de una autonomía monetaria plena. Por ello, el efecto más importante de la desdolarización sobre Europa no es estrictamente monetario, sino estratégico: obliga a repensar la relación entre moneda, pagos y soberanía en un entorno internacional menos neutral y más geopolítico (European Central Bank, 2025).

Los datos del BCE confirman que el punto de partida europeo es relativamente sólido, pero estable, no expansivo. El informe de junio de 2025 sobre el papel internacional del euro señala que la moneda europea siguió siendo la segunda divisa del sistema internacional y que su cuota agregada en los principales indicadores de uso internacional se mantuvo alrededor del 19% en 2024. Esa estabilidad es en sí misma reveladora. En un contexto de mayor fragmentación geopolítica y de diversificación de reservas hacia monedas no tradicionales, el euro no ha capitalizado de forma sistemática el desgaste relativo del dólar. Esto refuerza una idea central del trabajo: la desdolarización observable no está generando un relevo ordenado de centro, sino una diversificación parcial y desigual (European Central Bank, 2025).

Ahora bien, esa estabilidad agregada oculta una limitación estructural más profunda. El euro puede ganar relevancia en determinadas funciones, como la facturación comercial con el vecindario europeo o la emisión de deuda en algunos mercados, pero la Eurozona no ha construido todavía un equivalente funcional al paquete estructural que sostiene la primacía del dólar: una gran oferta de activos seguros comunes, mercados de capitales plenamente integrados y una infraestructura financiera con la misma profundidad, escala y centralidad global. La cuestión, por tanto, no es solo si el euro puede crecer, sino si la UE puede convertir su peso económico en una posición monetaria estratégicamente más autónoma. Mientras esa transformación no se complete, el euro seguirá siendo una

moneda importante, pero no una verdadera alternativa sistémica (European Central Bank, 2025).

Es precisamente aquí donde cobra sentido la noción de autonomía estratégica abierta. La Comisión Europea no plantea el fortalecimiento del euro en términos hegemónicos, sino como parte de una estrategia de resiliencia. El objetivo no es sustituir al dólar ni romper con el sistema occidental, sino reducir dependencias excesivas y ampliar el margen de decisión europeo en un entorno donde la interdependencia puede convertirse en fuente de vulnerabilidad. Esta formulación es importante porque distingue la posición europea tanto de la lógica revisionista atribuida a parte del entorno BRICS como de la lógica estadounidense de instrumentalización abierta del acceso al sistema. La UE aspira a ganar capacidad de acción sin abandonar la integración, lo que convierte al euro menos en un proyecto de dominación que en un instrumento defensivo de soberanía. En este sentido, la lógica europea converge con la idea de que reducir dependencia de una infraestructura dominada por terceros no equivale a rechazar la interdependencia, sino a diversificar los puntos de anclaje para que ningún nodo único pueda condicionar decisiones estratégicas (Farrell & Newman, 2019).

La infraestructura de pagos es un terreno especialmente revelador de este cambio doctrinal. La estrategia integral de pagos del Eurosistema, publicada en marzo de 2026, plantea de manera explícita que la autonomía monetaria europea depende también de quién controla la capa operativa por la que circula el dinero: compensación, liquidación, pagos minoristas, pagos transfronterizos e innovación digital. En la misma dirección, Lane (2025) defiende que el euro digital debe entenderse como una forma de preservar la autonomía del sistema monetario europeo frente al avance de soluciones privadas y de infraestructuras externas. El mensaje de fondo es claro: una moneda no proyecta poder solo por su cuota en reservas, sino también por la solidez y el control de los canales a través de los cuales puede usarse cotidianamente (European Central Bank, 2026a; Lane, 2025).

La desdolarización, por tanto, no coloca a Europa ante un escenario de ascenso automático del euro. La sitúa ante una decisión más exigente: seguir gestionando la moneda como un activo técnico de eficiencia o tratarla cada vez más como un instrumento de poder estructural. Si la UE no fortalece su autonomía funcional, absorberá parte de los costes de la fragmentación sin capturar plenamente sus oportunidades. Si, por el contrario, logra articular moneda, infraestructura de pagos y capacidad institucional, podrá convertir

la diversificación monetaria en una fuente parcial de margen estratégico. La cuestión para Europa no es si el euro puede reemplazar al dólar, sino si la Unión será capaz de transformar su peso monetario potencial en autonomía real (European Central Bank, 2025; European Central Bank, 2026a; Lane, 2025).

6.2. Iberoamérica y el Sur Global ante la reconfiguración del sistema monetario

Para Iberoamérica y gran parte del Sur Global, la desdolarización no se presenta como una vía inmediata de emancipación monetaria, sino como un problema de gestión de vulnerabilidad en un entorno más fragmentado e incierto. Esta afirmación exige dos cautelas metodológicas. La primera es no confundir Iberoamérica con el Sur Global en su conjunto: sus estructuras productivas, regímenes monetarios, vínculos comerciales y grados de exposición financiera son muy distintos. La segunda es no asumir que la fragmentación del orden dólar-céntrico genera oportunidades simétricas para todos. La evidencia reciente apunta precisamente a lo contrario: la fragmentación tiende a reordenar jerarquías dentro del sistema más que a democratizarlo (International Monetary Fund, 2024; World Bank, 2025).

En Iberoamérica, la dependencia del dólar sigue profundamente anclada en la estructura de la deuda, en la facturación del comercio de materias primas, en las remesas y en la intermediación financiera. El informe del FMI sobre pagos transfronterizos en Iberoamérica y el Caribe subraya que las ineficiencias en pagos constituyen una barrera significativa para el comercio dentro de la propia región y entre la región y el resto del mundo. Esto importa porque muestra que la dependencia del dólar no descansa solo en decisiones políticas o inercia histórica, sino también en déficits de infraestructura, interoperabilidad y profundidad de mercado. Mientras los costes de transacción en monedas locales sigan siendo elevados y la integración de los sistemas de pago nacionales siga siendo limitada, el dólar continuará funcionando como denominador común incluso cuando los incentivos políticos apunten hacia una mayor diversificación (International Monetary Fund, 2024).

Conviene introducir aquí al menos un contraste concreto. Por un lado, existen movimientos de diversificación parcial, como el mayor uso del renminbi y del real en ciertos intercambios entre Brasil y China, algo que la propia Reserva Federal ha señalado al analizar la internacionalización del RMB. Por otro, persisten casos de vulnerabilidad

externa aguda en economías con menor capacidad de absorber shocks, donde la dependencia del dólar sigue condicionando tanto la estabilidad cambiaria como la financiación externa. Estos contrastes muestran que la región no responde de forma homogénea a la reconfiguración monetaria. Algunos países pueden explorar corredores funcionales alternativos en comercio y pagos; otros siguen condicionados por restricciones externas tan severas que cualquier transición costosa lejos del dólar se vuelve especialmente difícil (Board of Governors of the Federal Reserve System, 2024; International Monetary Fund, 2024).

El entorno macroeconómico regional refuerza esa asimetría. El Regional Economic Outlook del FMI para el hemisferio occidental de octubre de 2025 insiste en que la región debe navegar un entorno global cambiante, con crecimiento moderado, menor dinamismo de socios clave y presiones financieras asociadas a la incertidumbre comercial (International Monetary Fund, 2025f). Esto significa que una estrategia activa de reducción de dependencia del dólar no es neutral desde el punto de vista de costes de corto plazo. Para economías con credibilidad monetaria limitada, reservas modestas o elevada deuda en moneda extranjera, los costes de transición son reales: mayor volatilidad cambiaria, mayor prima de riesgo y menor capacidad de absorber shocks externos. La fragmentación, por tanto, no abre automáticamente espacio de maniobra; en muchos casos lo estrecha (International Monetary Fund, 2025b).

Si ampliamos la mirada al Sur Global, la heterogeneidad es aún mayor. Algunas economías con mayor escala, reservas más diversificadas y vínculos densos con China o con el BRICS ampliado pueden obtener cierto margen adicional mediante financiación alternativa, uso más intensivo de monedas no occidentales o acceso a canales de pago paralelos. Otras, especialmente las más pequeñas, endeudadas o dependientes de importaciones críticas, son más vulnerables a la fragmentación geoeconómica. El Banco Mundial advierte en sus Global Economic Prospects de junio de 2025 que el crecimiento global se debilita por el aumento de tensiones comerciales y la elevada incertidumbre, y que los costes recaen de forma especialmente severa sobre las economías más frágiles y menos diversificadas. Esto sugiere que la fragmentación del sistema monetario no reparte autonomía: redistribuye riesgos de forma desigual (World Bank, 2025).

Con todo, sería un error concluir que Iberoamérica y el Sur Global son actores puramente pasivos. La politización del sistema monetario internacional genera incentivos defensivos a la diversificación incluso allí donde las capacidades estructurales son limitadas. La

lógica es simple: cuando la dependencia de una infraestructura puede convertirse en vulnerabilidad estratégica, incluso los actores que no pueden construir un sistema alternativo completo tienen incentivos para desarrollar redundancias parciales, ampliar el uso de monedas locales en ciertos circuitos, diversificar reservas o explorar canales menos expuestos a sanciones. En ese sentido, la agenda relevante para la región no es la de una revolución monetaria, sino la de una resiliencia financiera incremental. La cuestión no es reemplazar el dólar, sino sobrevivir con menor vulnerabilidad en un sistema donde el dólar sigue mandando, pero ya no organiza el entorno con la misma neutralidad política (Farrell & Newman, 2019; International Monetary Fund, 2024).

6.3. Escenarios futuros del orden financiero internacional

El análisis acumulado permite plantear tres escenarios para la evolución del orden financiero internacional. No son predicciones, sino estructuras de posibilidad. De los tres, el segundo es el más consistente con la evidencia actual y con la hipótesis de este trabajo. El primero describe la persistencia del presente; el tercero representa un horizonte más lejano y mucho más condicional. Esta jerarquía debe quedar clara desde el inicio para evitar una lectura especulativa del apartado (International Monetary Fund, 2025a).

El primer escenario es el de una continuidad asimétrica del orden dólar-céntrico. Aquí el dólar mantiene su posición dominante en reservas, pagos, financiación del comercio y denominación de deuda. Las alternativas ganan terreno de manera parcial, pero no alcanzan la escala suficiente para disputar la centralidad estadounidense. Este escenario sigue siendo plausible porque el FMI insiste en que el sistema monetario internacional permanece ampliamente centrado en el dólar pese a cambios geopolíticos importantes. Ahora bien, continuidad no equivale a estabilidad plena. La persistencia del centro puede coexistir con una erosión de legitimidad, una mayor politización del entorno y costes crecientes para los actores menos alineados con Washington. Sería, por tanto, una continuidad operativa, pero menos neutral y más conflictiva (International Monetary Fund, 2025a; Gopinath, 2024).

El segundo escenario, y el más probable, es el de una fragmentación regional y funcional creciente. En él, el sistema no colapsa ni transita ordenadamente hacia una nueva hegemonía, sino que se segmenta en bloques y corredores parcialmente diferenciados. El trabajo de Boz y coautores sobre monedas de facturación es especialmente útil aquí: no

encuentra evidencia de un relevo lineal del dólar, pero sí señales de que los patrones monetarios del comercio empiezan a reflejar las fracturas geopolíticas. En paralelo, el FMI muestra que los pagos transfronterizos tradicionales y cripto se acercaron a un valor de un cuatrillón de dólares en 2024, lo que sugiere que la fragmentación no será solo monetaria, sino también infraestructural: diferentes monedas y diferentes canales convivirán de forma más visible. Este escenario encaja casi exactamente con la hipótesis central del TFG (Boz et al., 2025; International Monetary Fund, 2025d).

Las consecuencias de este segundo escenario son ambivalentes. Por un lado, reduciría la capacidad de Estados Unidos para ejercer coerción sobre todos los actores simultáneamente, porque la proliferación de circuitos alternativos diluye parte de su poder nodal. Por otro, introduciría más costes de conversión, menor previsibilidad y más volatilidad para las economías que no pueden anclarse con claridad a uno de los grandes polos. La fragmentación no beneficiaría por igual a todos. Favorecería relativamente a los actores con escala suficiente para construir sus propios corredores funcionales y perjudicaría a economías más pequeñas o con dependencias cruzadas difíciles de reordenar (Boz et al., 2025; International Monetary Fund, 2025c).

El tercer escenario es el de una multipolaridad monetaria limitada sin hegemonía dominante. Aquí el dólar, el euro, el yuan y posiblemente algunos instrumentos digitales o regionales coexistirían como referencias monetarias relevantes sin que ninguno alcanzara el nivel de jerarquía que el dólar tuvo durante gran parte del periodo posterior a Bretton Woods. Este escenario es intelectualmente sugerente, pero hoy sigue siendo el menos respaldado por la evidencia. Para que se materialice, China tendría que ampliar de forma sustancial la base internacional del renminbi; Europa tendría que dotarse de una oferta mucho mayor de activos seguros comunes y de una integración financiera más profunda; y las infraestructuras de pagos alternativas tendrían que alcanzar escala, fiabilidad y aceptación suficientes para competir funcionalmente con el ecosistema dólar-céntrico. Ninguna de esas condiciones se cumple todavía de forma completa (European Central Bank, 2025; International Monetary Fund, 2025c).

El riesgo específico de este tercer escenario no sería solo la transición, sino la dificultad de estabilizarla. Los sistemas con poder monetario más difuso son más difíciles de gestionar cuando no existe una autoridad clara de provisión de liquidez. Hoy existen instituciones multilaterales y redes de swaps que no existían en el periodo de entreguerras, pero su capacidad para estabilizar un sistema profundamente fragmentado sigue siendo

incierto. Por eso, el escenario realmente más verosímil hoy no es la multipolaridad plena, sino una fragmentación prolongada sin sustituto hegemónico claro. Ese es precisamente el escenario más incómodo para la estabilidad internacional (International Monetary Fund, 2025e).

6.4. Implicaciones para la estabilidad del sistema internacional

El principal riesgo para la estabilidad internacional no es el relevo súbito del dólar, sino la combinación de persistencia hegemónica, fragmentación funcional y debilitamiento gradual de los mecanismos cooperativos de absorción de shocks. Lo que está en juego no es solo la estabilidad monetaria en sentido estrecho, sino la capacidad del sistema para gestionar interdependencias complejas en un entorno de rivalidad geopolítica creciente. Las tensiones monetarias son, en este sentido, una manifestación de una transformación más amplia que afecta al comercio, la energía, la tecnología y la gobernanza financiera global (International Monetary Fund, 2025i).

El Global Financial Stability Report del FMI de abril de 2025 identifica un aumento significativo de los riesgos para la estabilidad financiera global. Entre los factores de vulnerabilidad destacan valoraciones elevadas en algunos mercados, mayor apalancamiento y riesgos de turbulencia y sostenibilidad de deuda para soberanos altamente endeudados. El BIS refuerza esta lectura al subrayar que la incertidumbre política y las tensiones comerciales deterioran crecimiento, productividad y estabilidad macrofinanciera. Si se añade la fragmentación geoeconómica a esta combinación, el resultado es un sistema más frágil, con menor liquidez en episodios de tensión y mayores dificultades de coordinación entre actores clave (Bank for International Settlements, 2025).

En ese contexto, la red de seguridad financiera global adquiere una importancia aún mayor, pero también revela su dimensión política. El FMI define la Global Financial Safety Net como un sistema de cuatro capas: reservas internacionales, acuerdos swap bilaterales, arreglos regionales de financiación y el propio Fondo. Esa arquitectura no es solo un mecanismo de liquidez; es también una arquitectura de jerarquía. El acceso a swaps y apoyos más rápidos y menos condicionados sigue siendo profundamente desigual. Los países con mayor exposición a shocks externos son con frecuencia los que menos acceso tienen a las capas más potentes y flexibles de la red. En un entorno de

fragmentación creciente, esa asimetría no disminuye: tiende a adquirir una dimensión geopolítica aún más visible (International Monetary Fund, 2025g).

La crisis de Irán, iniciada en febrero de 2026 y agravada por las tensiones en torno al estrecho de Ormuz, ilustra con precisión este mecanismo. La perturbación no comenzó como un evento monetario, sino como un shock energético y geopolítico. La interrupción o amenaza de interrupción del tránsito por Ormuz, uno de los principales puntos de paso del petróleo mundial, elevó de forma brusca los precios del crudo, tensionó las expectativas de inflación y aumentó la percepción de riesgo global. Aunque los primeros anuncios de desescalada provocaron correcciones temporales en los precios, la persistencia de la crisis volvió a presionar al alza el mercado energético: a finales de abril, el Brent había superado los 120 dólares por barril, acumulando una subida cercana al 70% desde el inicio del conflicto, mientras los analistas revisaban al alza sus previsiones de precios para 2026 ante el riesgo de una disrupción prolongada en Oriente Medio. Esta evolución confirma que el shock de Ormuz no puede leerse solo como una crisis regional, sino como un factor con capacidad de afectar a inflación, crecimiento, expectativas financieras y estabilidad macroeconómica internacional (Reuters, 2026b).

La decisión del Banco Central Europeo de 30 de abril de 2026 refuerza esta lectura. El Consejo de Gobierno mantuvo sin cambios los tres tipos de interés oficiales, incluida la facilidad de depósito en el 2%, pero advirtió que los riesgos al alza para la inflación y a la baja para el crecimiento se habían intensificado. Además, la inflación de la eurozona había repuntado hasta el 3% en abril, por encima del objetivo del 2%, en un contexto de encarecimiento energético derivado del conflicto. En términos analíticos, la crisis sitúa al BCE ante un dilema típico de los shocks de oferta: contener las presiones inflacionistas sin agravar en exceso la desaceleración económica. El episodio muestra así cómo una crisis geopolítica localizada puede trasladarse rápidamente al núcleo de la política monetaria europea, afectando no solo a los precios de la energía, sino también a las condiciones financieras y a las expectativas de estabilidad (European Central Bank, 2026b).

Además, Ormuz revela que los shocks energéticos contemporáneos pueden adquirir una dimensión monetaria. Si determinadas exportaciones iraníes o corredores energéticos se articulan mediante monedas distintas del dólar, especialmente en la relación con China y

el uso del yuan, el estrecho deja de ser solo un cuello de botella físico del comercio petrolero y pasa a funcionar también como un espacio de contestación parcial al sistema petrodólar. La relevancia del episodio no reside en que sustituya de forma inmediata al dólar, sino en que muestra cómo la fragmentación geopolítica puede trasladarse a la moneda de facturación, a los pagos y a las infraestructuras que sostienen el comercio energético internacional. En este sentido, Ormuz sintetiza varias dinámicas centrales de este trabajo: persistencia de la centralidad del dólar en momentos de crisis, búsqueda de alternativas parciales por parte de actores sancionados y creciente conexión entre energía, moneda y poder geopolítico (Al Jazeera, 2026; Farrell & Newman, 2019).

Este episodio es analíticamente valioso por tres razones. Primero, confirma que en momentos de shock agudo la demanda de dólares sigue aumentando, lo que reafirma la resiliencia operativa de la centralidad estadounidense en el corto plazo. Segundo, muestra que la transmisión de shocks al sistema financiero se produce cada vez más a través de canales no estrictamente monetarios energía, rutas marítimas, seguros, logística, lo que amplía el espectro de vulnerabilidades relevantes para la estabilidad sistémica. Tercero, sugiere que la capacidad de la red de seguridad financiera global para gestionar shocks de alta velocidad depende críticamente de la disposición de los grandes emisores de moneda de reserva a coordinarse, algo que la rivalidad geopolítica hace menos automático (International Monetary Fund, 2025e).

La conclusión del capítulo se sigue de esta acumulación de tensiones. El sistema monetario internacional se encuentra en una transición real, pero no hacia un nuevo centro hegemónico claro. Lo que se observa es más complejo: una primacía dólar-céntrica que persiste operativamente, una fragmentación funcional que avanza sin cristalizar en un orden alternativo estable y una red de seguridad financiera cuya eficacia depende de condiciones de cooperación que la propia geopolítica erosiona. El mayor riesgo para la estabilidad internacional no es una ruptura repentina del orden dólar-céntrico, sino la consolidación de un sistema más fragmentado, más politizado y peor equipado institucionalmente para absorber shocks grandes y rápidos. Ahí es donde la hipótesis del trabajo adquiere todo su sentido: la fragmentación parcial no solo describe el presente del sistema, sino también la dificultad de estabilizar su futuro (International Monetary Fund, 2025a; International Monetary Fund, 2025d).

7. Conclusiones

7.1. Síntesis de los principales hallazgos

El análisis desarrollado a lo largo de este trabajo permite afirmar, con suficiente fundamento empírico y conceptual, que el dólar estadounidense sigue siendo la moneda central del sistema monetario internacional, pero que esa centralidad opera hoy en un entorno cualitativamente distinto al de las décadas anteriores. No se trata únicamente de que hayan surgido actores con voluntad de reducir su dependencia del dólar, sino de que las condiciones estructurales que reproducían esa dependencia casi sin fricción han comenzado a deteriorarse de forma gradual, asimétrica y, en algunos ámbitos, más difícil de revertir de lo que sugieren los análisis más optimistas sobre la resiliencia del orden existente.

La hegemonía monetaria del dólar descansa sobre fundamentos que ningún actor alternativo ha logrado replicar en su totalidad: la profundidad y liquidez de los mercados financieros estadounidenses, la disponibilidad masiva de activos seguros denominados en dólares, los efectos de red que consolidan su uso en el comercio y las finanzas internacionales, y la influencia determinante sobre infraestructuras críticas de mensajería financiera, liquidación, acceso al crédito internacional y redes de financiación global. Estos elementos no se desmantelan por decreto ni por voluntad política de un grupo de países, por más que ese grupo represente una fracción significativa del PIB mundial y de la población global. Strange ya advirtió que el poder estructural no reside en la capacidad de dar órdenes, sino en la capacidad de definir las reglas dentro de las cuales otros actores toman sus decisiones (Strange, 1988). En ese sentido, el dólar sigue siendo, en términos estructurales, la moneda que define el perímetro dentro del cual los demás actores operan.

Y sin embargo, algo ha cambiado. La evidencia empírica disponible muestra una diversificación parcial de reservas internacionales, un crecimiento de los acuerdos comerciales en monedas locales, la proliferación de sistemas de pago alternativos a los occidentales y una mayor disposición de actores estatales a explorar circuitos financieros menos expuestos al dólar. Esa diversificación no constituye una sustitución; constituye una fragmentación. Los BRICS, y en particular la configuración ampliada que surge desde 2023, no han construido una alternativa sistémica al orden dólar-céntrico. Pero sí han hecho algo políticamente relevante: han politizado el debate, han articulado demandas de representación del Sur Global y han desarrollado instrumentos de autonomía

financiera parcial, como el Nuevo Banco de Desarrollo, el Acuerdo de Reservas Contingentes y los mecanismos de comercio en monedas locales. Estos instrumentos tienen limitaciones reales, pero su mera existencia modifica los términos en que se discute el orden monetario internacional (Cohen, 2015).

Dentro del bloque, China y Rusia impulsan la desdolarización desde lógicas distintas, aunque complementarias en sus efectos. China aporta capacidad material: el yuan como moneda de facturación en el comercio energético, el sistema CIPS como alternativa operativa a las redes de mensajería y liquidación occidentales, las monedas digitales de banco central como plataforma de proyección financiera y una presencia comercial que le permite negociar acuerdos bilaterales en moneda propia con un número creciente de socios. Rusia, en cambio, aporta urgencia política. Las sanciones impuestas tras la invasión de Ucrania, con la congelación de reservas soberanas y la exclusión del sistema financiero occidental, no provocaron un colapso inmediato de la economía rusa en los términos inicialmente esperados, pero sí evidenciaron, ante todos los actores del sistema internacional, el coste estratégico de depender de infraestructuras financieras occidentales. Ese efecto demostración ha sido decisivo. Farrell y Newman señalaron que la *weaponized interdependence* transforma las redes de dependencia en armas de coerción (Farrell & Newman, 2019). Lo que las sanciones a Rusia pusieron de manifiesto es que esa transformación no es teórica: es operativa, es selectiva y puede aplicarse de forma fulminante.

La respuesta de Estados Unidos ante este proceso ha sido, en conjunto, más defensiva y más coercitiva que universalista. No se limita a defender el dólar como moneda: reconfigura su hegemonía hacia formas más selectivas, combinando sanciones, aranceles, controles tecnológicos sobre semiconductores y plataformas digitales, y presión sobre terceros para que no adopten sistemas alternativos. Esa respuesta puede ser racionalmente comprensible desde una lógica de competencia estratégica con China, pero tiene un efecto paradójico: al hacer más explícito el carácter coercitivo del orden dólar-céntrico, incentiva precisamente los comportamientos que pretende desalentar. Los actores que perciben el sistema como un instrumento al servicio de intereses estadounidenses tienen más razones para buscar redundancias, no menos. La política de *America First* y el liderazgo de corte transaccional no explican por sí solos la fragmentación en curso, que responde también al ascenso estructural de China, a la crisis de legitimidad del orden liberal y a la securitización progresiva de la economía internacional, pero sí pueden estar

acelerando la pérdida de legitimidad del liderazgo estadounidense al hacerlo más unilateral y menos sostenible como bien público global.

La dimensión energética y tecnológica del proceso no puede subestimarse. La desdolarización no se juega únicamente en los mercados de divisas ni en los balances de reservas de los bancos centrales. Se juega también en los mercados de materias primas, en los corredores de comercio energético, en el control de semiconductores y en el desarrollo de infraestructuras digitales y sistemas de pago. Crisis como las tensiones en el Estrecho de Ormuz en 2026 ilustran cómo un shock geopolítico-energético puede, al mismo tiempo, afectar a los mercados de petróleo, presionar las expectativas inflacionarias y abrir una dimensión monetaria cuando determinados flujos energéticos comienzan a articularse parcialmente en monedas distintas del dólar. Esos episodios no son los motores principales del proceso, pero sí funcionan como aceleradores coyunturales que revelan la fragilidad de la neutralidad monetaria que el sistema había dado por supuesta durante décadas.

Para otros actores del sistema, los efectos son igualmente ambivalentes. La Unión Europea se encuentra en una posición incómoda: la fragmentación del orden dólar-céntrico no implica automáticamente un ascenso del euro ni una ganancia neta de autonomía. Al contrario, puede significar mayores costes de ajuste sin capturar los beneficios de ser moneda de reserva alternativa, si no se acompaña de una profundización de la unión de los mercados de capitales, de sistemas de pago propios y de una política exterior más autónoma. Para Iberoamérica y el Sur Global, la desdolarización tampoco equivale a emancipación: muchos Estados de la región siguen altamente expuestos al dólar en sus deudas externas, en sus reservas, en la facturación de sus exportaciones y en su vulnerabilidad ante shocks financieros externos. La posibilidad de diversificar parcialmente existe para algunos actores; para otros, el margen de maniobra sigue siendo muy estrecho.

7.2. Evaluación de la hipótesis planteada

La hipótesis de partida de este trabajo sostenía que la desdolarización promovida por los BRICS no constituye, en el corto plazo, una sustitución estructural del dólar como moneda hegemónica, sino un proceso parcial, desigual, funcional y geopolíticamente condicionado, que refleja una fragmentación progresiva del orden dólar-céntrico más que

la emergencia de un orden post-dólar plenamente consolidado. La evidencia reunida y el análisis desarrollado permiten confirmar esa hipótesis, aunque con matices que forman parte del propio argumento y no lo contradicen.

La confirmación es clara en su núcleo: no existe hoy ninguna moneda en condiciones de sustituir al dólar como reserva de valor, unidad de cuenta y medio de pago en el sistema monetario internacional. El yuan carece aún de la convertibilidad plena, la profundidad de mercado y la confianza institucional necesarias para asumir ese rol; el euro está condicionado por sus propias tensiones internas; y la idea de una moneda BRICS común, aunque políticamente sugestiva, tropieza con asimetrías económicas, soberanías monetarias y divergencias estratégicas que hacen improbable su materialización en el horizonte temporal relevante. Eichengreen ya advirtió que las transiciones hegemónicas monetarias son lentas, costosas y raramente limpias, y que la inercia institucional favorece sistemáticamente a la moneda que ya ocupa el centro del sistema (Eichengreen, 2008). Esa inercia sigue operando.

Pero la hipótesis se confirma también en lo que postula como proceso real: la fragmentación parcial existe, avanza y tiene consecuencias. La cuota del dólar en las reservas internacionales ha descendido de forma sostenida desde comienzos del siglo, aunque desde niveles muy altos; el comercio bilateral entre determinados pares de países se articula crecientemente en monedas locales; los sistemas de pago alternativos ganan presencia, aunque de forma dispar; y la legitimidad política del orden dólar-céntrico se erosiona en amplios segmentos del mundo en desarrollo. No es una sustitución. Es una contestación acumulativa que produce circuitos alternativos, redundancias parciales y una mayor politización de la interdependencia financiera. Liu y Papa describen bien esta dinámica cuando hablan de una multipolaridad incompleta, en la que los actores emergentes no pueden aún imponer sus preferencias, pero tampoco están dispuestos a seguir internalizando los costes de un orden que no co-diseñaron (Liu & Papa, 2022).

El matiz más importante que introduce el análisis es el siguiente: la fragmentación no depende exclusivamente de los BRICS ni es un proceso que estos controlen plenamente. Depende también de las decisiones de Estados Unidos, de hasta qué punto el uso coercitivo de su hegemonía monetaria erosiona la confianza en su neutralidad, de la evolución de la rivalidad estratégica con China, de la capacidad de los sistemas de pago alternativos para ganar escala operativa y de la dinámica de futuras crisis geopolíticas y financieras. En ese sentido, la respuesta estadounidense no es una variable independiente

que simplemente frena el proceso: es una variable endógena que, en determinadas configuraciones, puede acelerarlo. Ahí reside la paradoja central del momento: la hegemonía que se defiende a través de la coerción se vuelve menos hegemónica, porque pierde la legitimidad que era precisamente uno de sus fundamentos más duraderos (Cox, 1983).

El escenario más probable que se desprende del análisis no es, por tanto, ni el colapso del dólar ni la emergencia de un orden monetario multipolar plenamente articulado. Es un escenario de fragmentación regional y funcional: el dólar persiste como centro operativo del sistema, pero convive con circuitos alternativos parciales, con una mayor politización de la interdependencia y con una creciente asimetría entre los países que pueden diversificar su exposición y los que no pueden. Es un escenario menos estable, menos predecible y políticamente más conflictivo que el que prevaleció durante las décadas de hegemonía más asentada del dólar.

7.3. Líneas de investigación futura

Un trabajo como este, que analiza un proceso en curso y geopolíticamente condicionado, no puede cerrarse sin reconocer los límites de su alcance y señalar las preguntas que quedan abiertas, no como gesto de modestia retórica, sino porque esas preguntas son genuinas y su respuesta importa a la disciplina.

La primera línea que se desprende de manera directa del argumento es la evolución del yuan en el comercio energético y su capacidad para consolidarse como moneda de facturación en determinados corredores regionales. La centralidad del petrodólar no fue solo un acuerdo técnico: fue un arreglo político que ancló la demanda estructural de dólares al mercado global de energía. Si el yuan logra replicar, aunque sea parcialmente, ese anclaje en Asia Central, Oriente Medio o África, las implicaciones para el equilibrio monetario internacional serían significativas. Esa pregunta exige un seguimiento empírico sostenido que va más allá del análisis cualitativo que este trabajo ha podido ofrecer.

La segunda línea se refiere al papel de las monedas digitales de bancos centrales y los sistemas de pago alternativos. El desarrollo del yuan digital, la discusión en el seno del FMI sobre plataformas de liquidación multilateral y la proliferación de iniciativas de pago transfronterizo en el Sur Global plantean interrogantes que aún no tienen respuesta

empírica suficiente. ¿Pueden las monedas digitales de banco central reducir los costes de transacción en monedas distintas del dólar lo suficiente como para modificar los hábitos de facturación comercial? ¿Puede el yuan digital funcionar como infraestructura de una zona monetaria regional sin requerir la convertibilidad plena de la cuenta de capital china? Estas preguntas conectan economía internacional, tecnología y soberanía monetaria de una forma que exige marcos analíticos propios, aún en construcción.

La tercera línea concierne a la Unión Europea y su capacidad para definir una estrategia monetaria y financiera autónoma en un entorno de fragmentación creciente. El refuerzo del papel internacional del euro no es un objetivo nuevo, pero adquiere una urgencia diferente cuando la *weaponized interdependence* convierte la dependencia de infraestructuras financieras externas en una vulnerabilidad estratégica. Cómo evoluciona la unión de los mercados de capitales, qué papel juega el euro digital y en qué medida la política exterior europea puede desarrollar mayor autonomía respecto de la disciplina financiera estadounidense son preguntas con implicaciones directas para la posición de la UE en el nuevo escenario y que merecen un tratamiento monográfico.

Una cuarta línea, menos explorada en la literatura y con enorme relevancia política, es la situación de Iberoamérica y del Sur Global ante este proceso. Los países que acumulan deuda externa denominada en dólares, que exportan materias primas con precios fijados en mercados dolarizados y que carecen de reservas suficientes para amortiguar shocks externos se encuentran en una posición particularmente vulnerable en un escenario de fragmentación. Para ellos, la *desdolarización* no es solo una opción estratégica: es también un riesgo de exclusión si los nuevos circuitos alternativos se articulan en torno a lógicas de dependencia distintas pero igualmente asimétricas. Comprender cómo estos actores pueden posicionarse ante la fragmentación sin reproducir nuevas formas de subordinación es una pregunta de primera relevancia para la disciplina.

Finalmente, queda abierta la pregunta sobre la evolución de la propia política estadounidense. Este trabajo ha analizado la respuesta de Estados Unidos como un movimiento de recalibración coercitiva de su hegemonía, pero esa respuesta no es fija: depende de orientaciones políticas internas, de la intensidad de la rivalidad con China, de las coaliciones domésticas que se consoliden en torno a diferentes visiones del liderazgo internacional y de la capacidad estadounidense para recuperar legitimidad multilateral cuando la coerción resulte contraproducente. Si administraciones futuras optasen por estrategias más cooperativas, más institucionalizadas y menos transaccionales, el ritmo y

la profundidad de la fragmentación podrían variar de forma significativa. Esa contingencia política forma parte del escenario y debe incorporarse a cualquier análisis prospectivo riguroso.

Lo que este trabajo ha intentado demostrar, y lo que la evidencia reunida permite sostener con suficiente solidez, es que el futuro del orden monetario internacional no se decidirá únicamente en función de qué moneda logre mayor cuota de reservas o mayor volumen de facturación comercial. Se decidirá, sobre todo, en función de qué grado de cooperación, qué legitimidad institucional y qué capacidad de gestión colectiva exista para sostener un sistema que se vuelve, de manera visible y estructuralmente cada vez más compleja de revertir, más fragmentado, más politizado y más difícil de estabilizar. Ese es el verdadero desafío que la desdolarización impulsada por los BRICS pone sobre la mesa: no el colapso inminente del dólar, sino la erosión progresiva de los fundamentos de confianza, cooperación y coordinación sobre los que cualquier orden monetario internacional, hegemónico o no, necesita apoyarse para funcionar.

8. Declaración de IA



Curso 2025/2026

ANEXO: Declaración de uso de herramientas de IA generativa

Nombre Grado/Máster:	Relaciones Internacionales
Nombre Alumno:	Juan Sartorius Zamarriego
Coordinador/a TFG/TFM:	Daniel Pérez Fernández
Nombre Director/a de TFG/TFGM:	Juan Gonzalo Lugo Sanchiz

Declaro que para la elaboración del presente Trabajo Fin de Grado / Trabajo Fin de Máster se ha utilizado inteligencia artificial generativa como herramienta de apoyo.	SÍ	NO
	X	

1) Uso de la IA Generativo

Si tu respuesta ha sido SÍ, contesta a las siguientes preguntas. Si has contestado NO, pasa al apartado 2.

Uso ético

	SÍ	NO
¿A la hora de usar la herramienta IA, en los <i>prompts</i> utilizados has incluido datos de carácter sensible o de carácter personal (fotos de personas reales, datos personales, etc.)? <i>Si tu respuesta es afirmativa especifica cuáles.</i>		X
¿Has orientado tu uso a suplantar tu trabajo personal sin hacer una revisión crítica de la extraído en la herramienta IA? <i>Si tu respuesta es afirmativa especifica cuáles.</i>		X
¿Has tenido en cuenta las recomendaciones académicas que te han hecho específicamente en el Grado/Máster sobre lo que está permitido o no con la IA?	X	

Uso técnico realizado:

¿Qué herramientas has utilizado (ChatGPT, Copilot, Claude, Nano Banana...)?
Especifica la versión o tipo de licencia.

Marcar lo que corresponda:

- Generación de texto (*Especificar qué herramientas*) → Chat GPT, Claude
- Reformulación (*Especificar qué herramientas*) → Chat GPT, Claude
- Traducción / corrección (*Especificar qué herramientas*) → Chat GPT, Claude
- Sugerencia de estructura (*Especificar qué herramientas*) → Chat GPT, Claude
- Apoyo metodológico (*Especificar qué herramientas*) → Chat GPT, Claude
- Buscar o citar bibliografía (*Especificar qué herramientas*) → Chat GPT, Claude
- Generar contenido audiovisual (videos, infografías, audios, imágenes, gráficos.
Especifica en concreto qué contenidos has generado con IA además de citarlo correctamente en el trabajo.
- Otros (*Especificar qué herramientas*) →

Confirmando que el contenido final ha sido revisado, corregido y validado íntegramente por mí como autor/a y asumo la plena responsabilidad académica del mismo.

La utilización de la IA no ha sustituido el análisis crítico, la reflexión personal ni el trabajo intelectual propio exigido en un TFG/TFM.

Firma:

A handwritten signature in black ink, enclosed in an oval shape. The name 'SANTORIUS' is written in all caps, with a stylized flourish underneath.

9. Bibliografía

Aizenman, J., Chinn, M. D., & Ito, H. (2008). Assessing the emerging global financial architecture: Measuring the trilemma's configurations over time (NBER Working Paper No. 14533). National Bureau of Economic Research.

Alexeenko, G., Kollen, S., & Davidson, C. (2012). Las líneas swap refuerzan el rol mundial del dólar. *EconSouth*, Federal Reserve Bank of Atlanta, 14(1), 1–6.

Al Jazeera. (2026, 8 de abril). In Strait of Hormuz, Iran and China take aim at US dollar hegemony. <https://www.aljazeera.com/economy/2026/4/8/in-strait-of-hormuz-iran-and-china-take-aim-at-us-dollar-hegemony>

Arslanalp, S., Eichengreen, B., & Simpson-Bell, C. (2024, 11 de junio). Dollar dominance in the international reserve system: An update. IMF Blog. <https://www.imf.org/en/blogs/articles/2024/06/11/dollar-dominance-in-the-international-reserve-system-an-update>

Armijo, L. E., & Katada, S. N. (2015). Theorizing the financial statecraft of emerging powers. *New Political Economy*, 20(1), 42–62. <https://www.leslieelliottarmijo.org/wp-content/uploads/2018/08/Theorizing-the-Financial-Statecraft-of-Emerging-Powers.pdf>

Bank for International Settlements. (2022). Project mBridge: Connecting economies through CBDC. <https://www.bis.org/publ/othp59.pdf>

Bank for International Settlements. (2023). Project mBridge: Connecting economies through CBDC. https://www.bis.org/innovation_hub/projects/mbridge_brochure_2311.pdf

Bank for International Settlements. (2025). Annual Economic Report 2025. <https://www.bis.org/publ/arpdf/ar2025e.pdf>

Board of Governors of the Federal Reserve System. (2024, 30 de agosto). Internationalization of the Chinese renminbi: Progress and outlook. <https://www.federalreserve.gov/econres/notes/feds-notes/internationalization-of-the-chinese-renminbi-progress-and-outlook-20240830.html>

Bono, M. (2023). The dark side of the BRICS: The lack of a legal definition. *Opinio Juris in Comparatione*, 1(1), 464–487. <https://www.opiniojurisincomparatione.org/wp-content/uploads/2023/12/13.-Bono1.pdf>

Bordo, M. D. (1993). The Bretton Woods international monetary system: A historical overview.

Bordo, M. D. (2003). Exchange rate regime choice in historical perspective (NBER Working Paper). National Bureau of Economic Research.

Bordo, M. D. (2017). The operation and demise of the Bretton Woods system: 1944 to 1971. Hoover Institution.

Boz, E., Brügggen, A., Casas, C., Georgiadis, G., Gopinath, G., & Mehl, A. (2025). Patterns of invoicing currency in global trade in a fragmenting world economy (IMF Working Paper No. 25/178). International Monetary Fund. <https://www.imf.org/-/media/files/publications/wp/2025/english/wpiea2025178-source-pdf.pdf>

Boz, E., Casas, C., Georgiadis, G., Gopinath, G., Le Mezo, H., Mehl, A., & Nguyen, T. (2020). Patterns in invoicing currency in global trade (IMF Working Paper No. 20/126). International Monetary Fund.

BRIC Countries' Leaders. (2009, 16 de junio). Joint statement of the BRIC countries' leaders. <https://brics.br/pt-br/sobre-o-brics/cupulas-anteriores/joint-statement-of-the-bric-countries-leaders.pdf/%40%40download/file>

BRICS. (2023, 24 de agosto). XV BRICS Summit Johannesburg II Declaration. https://www.gov.za/sites/default/files/speech_docs/Jhb%20II%20Declaration%2024%20August%202023.pdf

BRICS. (2024, 23 de octubre). XVI BRICS Summit Kazan Declaration: Strengthening multilateralism for just global development and security. <https://dirco.gov.za/wp-content/uploads/2024/10/XVI-BRICS-Summit-Kazan-Declaration-23-October-2024.pdf>

BRICS. (2025, 6 de julio). Rio de Janeiro Declaration: Strengthening Global South cooperation for more inclusive and sustainable governance. Brazilian BRICS Presidency.

Bureau of Industry and Security. (2025, 25 de marzo). Commerce further restricts China's artificial intelligence and advanced computing capabilities. U.S. Department of Commerce. <https://www.bis.gov/press-release/commerce-further-restricts-chinas-artificial-intelligence-advanced-computing-capabilities>

Bureau of Industry and Security. (2026, 13 de enero). Department of Commerce revises license review policy for semiconductors exported to China. U.S. Department of

Commerce. <https://www.bis.gov/press-release/department-commerce-revises-license-review-policy-semiconductors-exported-china>

Caldara, D., & Iacoviello, M. (2022). Measuring geopolitical risk. *American Economic Review*, 112(4), 1194–1225.

Catalán, M., Natalucci, F., & Qureshi, M. S. (2023, 5 de abril). La geopolítica y la fragmentación se erigen como graves amenazas para la estabilidad financiera. *IMF Blog*.

Cohen, B. J. (2015). *Currency power: Understanding monetary rivalry*. Princeton University Press.

Cox, R. W. (1983). Gramsci, hegemony and international relations: An essay in method. *Millennium: Journal of International Studies*, 12(2), 162–175. <https://doi.org/10.1177/03058298830120020701>

Doshi, R. (2021). *The long game: China's grand strategy to displace American order*. Oxford University Press.

Eichengreen, B. (2008). *Globalizing capital: A history of the international monetary system* (2nd ed.). Princeton University Press.

Eichengreen, B. (2022). *Sanctions, SWIFT, and China's Cross-Border Interbank Payments System*. Center for Strategic and International Studies. <https://www.csis.org/analysis/sanctions-swift-and-chinas-cross-border-interbank-payments-system>

Eichengreen, B., Macaire, C., Mehl, A., Monnet, E., & Naef, A. (2022). Is capital account convertibility required for the renminbi to acquire reserve currency status? *Banque de France*. <https://www.banque-france.fr/system/files/2023-01/wp892.pdf>

European Central Bank. (2025). *The international role of the euro*, June 2025. <https://www.ecb.europa.eu/pub/pdf/ire/ecb.ire202506.en.pdf>

European Central Bank. (2026a). *The Eurosystem's comprehensive payments strategy*. <https://www.ecb.europa.eu/pub/pdf/other/ecb.eurosystemcomprehensivepaymentsstrategy202603.en.pdf>

European Central Bank. (2026b, 30 de abril). *Monetary policy decisions*. <https://www.ecb.europa.eu/press/pr/date/2026/html/ecb.mp260430~81b7179e6f.en.html>

Farrell, H., & Newman, A. L. (2019). Weaponized interdependence: How global economic networks shape state coercion. *International Security*, 44(1), 42–79. https://doi.org/10.1162/isec_a_00351

Gopinath, G. (2024, 7 de mayo). Geopolitics and its impact on global trade and the dollar. International Monetary Fund. <https://www.imf.org/en/news/articles/2024/05/07/sp-geopolitics-impact-global-trade-and-dollar-gita-gopinath>

Government of Brazil. (2025, 30 de julio). Press statement. <https://www.gov.br/planalto/en/latest-news/2025/07/press-statement>

Government of India, Ministry of External Affairs. (2025, 6 de agosto). Statement by Official Spokesperson. https://www.mea.gov.in/Speeches-Statements.htm?dtl%2F39945%2FStatement_by_Official_Spokesperson=

Hodara, J. (2014). *Bretton Woods: Un recorrido por el primer cincuentenario (Perspectiva Económica y Social, Vol. 5)*. El Colegio de México.

Hong Kong Monetary Authority. (2024, 17 de mayo). Expanding the cross-boundary e-CNY pilot in Hong Kong. <https://www.hkma.gov.hk/eng/news-and-media/press-releases/2024/05/20240517-3/>

Ikenberry, G. J. (2001). *After victory: Institutions, strategic restraint, and the rebuilding of order after major wars*. Princeton University Press.

International Monetary Fund. (2024a). Cross-border payments integration in Latin America and the Caribbean (IMF Working Paper No. 24/119). <https://www.imf.org/-/media/files/publications/wp/2024/english/wpiea2024119-print-pdf.pdf>

International Monetary Fund. (2024b). Digital money, cross-border payments, international reserves, and the global financial safety net: Preliminary considerations. <https://www.imf.org/-/media/files/publications/imf-notes/2024/english/insea2024001.pdf>

International Monetary Fund. (2025a, 2 de abril). IMF Data Brief: Currency composition of official foreign exchange reserves: World aggregates, fourth quarter of 2024. <https://data.imf.org/en/news/4225global>

International Monetary Fund. (2025b). Currency composition of official foreign exchange reserves (COFER). <https://data.imf.org/en/datasets/IMF.STA%3ACOFER>

International Monetary Fund. (2025c). External Sector Report 2025: Global imbalances in a shifting world. <https://www.imf.org/-/media/files/publications/esr/2025/english/text.pdf>

International Monetary Fund. (2025d). Global cross-border payments: A \$1 quadrillion evolving market? (IMF Working Paper No. 25/120). <https://www.imf.org/-/media/files/publications/wp/2025/english/wpiea2025120-print-pdf.pdf>

International Monetary Fund. (2025e). Global Financial Stability Report: April 2025. <https://www.imf.org/-/media/files/publications/gfsr/2025/april/english/text.pdf>

International Monetary Fund. (2025f). Regional Economic Outlook: Western Hemisphere: Navigating a shifting global environment. <https://www.imf.org/-/media/files/publications/reo/whd/2025/october/english/text.pdf>

International Monetary Fund. (2025g). The global financial safety net: Stocktaking (Policy Paper No. 2025/035). <https://www.imf.org/-/media/files/publications/pp/2025/english/ppea2025035.pdf>

International Monetary Fund. (2025h). World Economic Outlook: A critical juncture amid policy shifts. <https://www.imf.org/en/publications/weo/issues/2025/04/22/world-economic-outlook-april-2025>

International Monetary Fund. (2025i). World Economic Outlook, October 2025: Global economy in flux, prospects remain dim. <https://doi.org/10.5089/9798229023948.081>

Istkhoki, O., & Ribakova, E. (2024). Economic sanctions: Evolution, consequences, and challenges [Brookings Papers on Economic Activity draft]. Brookings Institution. https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2024/09/17160-BPEA-BPEA-FA24_WEB_Istkhoki-Ribakova.pdf

Jiang, Z. (2024). Exorbitant privilege: A safe-asset view (NBER Working Paper). National Bureau of Economic Research.

Jones, C. I. (2008). Macroeconomía. Antoni Bosch.

Kaplan, R. D. (2025, 17 de enero). Welcome to Weimar 2.0. Foreign Policy. <https://foreignpolicy.com/2025/01/17/global-crisis-geopolitics-conflict-technology-history-weimar-republic/>

Krugman, P. R. (1984). The international role of the dollar: Theory and prospect. En J. F. O. Bilson & R. C. Marston (Eds.), Exchange rate theory and practice (pp. 261–278). University of Chicago Press.

Lane, P. R. (2025, 20 de marzo). The digital euro: Maintaining the autonomy of the monetary system. European Central Bank. https://www.ecb.europa.eu/press/key/date/2025/html/ecb.sp250320_1~41c9459722.en.html

Liu, Z. Z., & Papa, M. (2022). Can BRICS de-dollarize the global financial system? Cambridge University Press. <https://www.cambridge.org/core/services/aop-cambridge-core/content/view/0AEF98D2F232072409E9556620AE09B0/9781009014625AR.pdf/can-brics-de-dollarize-the-global-financial-system.pdf>

Nach, M., & Newadi, R. (2024). BRICS economic integration: Prospects and challenges. South African Journal of International Affairs, 31(2), 151–166. <https://www.tandfonline.com/doi/pdf/10.1080/10220461.2024.2380676>

New Development Bank. (2022). General strategy for 2022–2026: Scaling up development finance for a sustainable future. https://www.ndb.int/wp-content/uploads/2022/07/NDB_StrategyDocument_eVersion_07.pdf

New Development Bank. (2023). Annual report 2023: Financing for sustainable development. https://www.ndb.int/wp-content/uploads/2025/03/NDB_AnnualReport2023.pdf

Nogueira Batista, P., Bai, G., Ding, Y., & Yongding, Y. (2024). Los BRICS y la desdolarización: Oportunidades y desafíos. Wenhua Zongheng, 2(1). https://thetricontinental.org/wp-content/uploads/2024/05/20240516_WHZH_Vol2No1_ES.pdf

O'Neill, J. (2001). Building better global economic BRICs (Global Economics Paper No. 66). Goldman Sachs. <https://www.almendron.com/tribuna/wp-content/uploads/2013/04/build-better-brics.pdf>

Obstfeld, M., Shambaugh, J. C., & Taylor, A. M. (2004). Monetary sovereignty, exchange rates, and capital controls: The trilemma in the interwar period. International Monetary Fund.

Parliamentary Budget Office of South Africa. (2023, septiembre). BRICS and Africa partnership: Promotion and acceleration of regional integration through the African Continental Free Trade Area (AfCFTA).

https://www.parliament.gov.za/storage/app/media/PBO/Occasional_Papers/2023/4-september/02-10-2023/Brief_BRICS-PF_27_Sep.pdf

Piedrahita Zuluaga, J. (2019). El sistema Bretton Woods, una estrategia estadounidense de dominación mundial: Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y el dólar en la segunda mitad del siglo XX. *Revista de Estudiantes de Ciencia Política*, 15–16, 96–109.

Reuters. (2023, 22 de abril). Russia receiving more energy payments in yuan and rouble, says deputy PM. <https://www.reuters.com/business/energy/russia-receiving-more-energy-payments-yuan-rouble-says-deputy-pm-2023-04-22/>

Reuters. (2026a, 7 de abril). Oil tumbles below \$100 after Trump announces two-week ceasefire. <https://www.reuters.com/business/energy/us-crude-futures-fall-1204-10090bbl-after-trump-announces-two-week-ceasefire-2026-04-07/>

Reuters. (2026b, 30 de abril). Prospect of prolonged Iran war disruption drives oil forecasts higher. <https://www.reuters.com/business/energy/prospect-prolonged-iran-war-disruption-drives-oil-forecasts-higher-2026-04-30/>

Reyes Konings, L. S. (2010). La Conferencia de Bretton Woods. Estados Unidos y el dólar como centro de la economía mundial. *Procesos Históricos*, 18, 72–81.

Ruggie, J. G. (1982). International regimes, transactions, and change: Embedded liberalism in the postwar economic order. *International Organization*, 36(2), 379–415. <https://doi.org/10.1017/S0020818300018993>

S&P Global. (2024, 20 de agosto). Saudi-China ties and renminbi-based oil trade. <https://www.spglobal.com/en/research-insights/special-reports/saudi-china-ties-and-renminbi-based-oil-trade>

Smith, K., Milani, C. R. S., Delich, V., Marchini, J., Lechini, G., Vara, A. M., Pelfini, A., & García Delgado, D. (2015). Los BRICS en la construcción de la multipolaridad:

¿Reforma o adaptación? CLACSO. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/14303/1/Interior.pdf>

Strange, S. (1988). States and markets. Pinter Publishers.

Stuenkel, O. (2013). South Africa's BRICS membership: A win-win situation? African Journal of Political Science and International Relations, 7(7), 310–319. <https://freepdfhosting.com/9d13d8aa5f.pdf>

Stuenkel, O. (2016). Post-Western world: How emerging powers are remaking global order. Polity Press. https://www.politybooks.com/bookdetail?book_slug=post-western-world-how-emerging-powers-are-remaking-global-order--9781509504565

SWIFT. (2025, junio). RMB Tracker. <https://www.swift.com/swift-resource/252431/download>

The White House. (2025a, 20 de enero). America First trade policy. <https://www.whitehouse.gov/presidential-actions/2025/01/america-first-trade-policy/>

The White House. (2025b, 24 de marzo). Imposing tariffs on countries importing Venezuelan oil. <https://www.whitehouse.gov/presidential-actions/2025/03/imposing-tariffs-on-countries-importing-venezuelan-oil/>

The White House. (2025c, 2 de abril). Regulating imports with a reciprocal tariff to rectify trade practices that contribute to large and persistent annual United States goods trade deficits. <https://www.whitehouse.gov/presidential-actions/2025/04/regulating-imports-with-a-reciprocal-tariff-to-rectify-trade-practices-that-contribute-to-large-and-persistent-annual-united-states-goods-trade-deficits/>

The White House. (2025d, 30 de julio). Addressing threats to the United States by the government of Brazil. <https://www.whitehouse.gov/presidential-actions/2025/07/addressing-threats-to-the-us/>

The White House. (2026a, 6 de febrero). Addressing threats to the United States by the government of Iran. <https://www.whitehouse.gov/presidential-actions/2026/02/addressing-threats-to-the-united-states-by-the-government-of-iran/>

The White House. (2026b, 6 de febrero). Modifying duties to address threats to the United States by the government of the Russian Federation.

<https://www.whitehouse.gov/presidential-actions/2026/02/modifying-duties-to-address-threats-to-the-united-states-by-the-government-of-the-russian-federation-04b2/>

Triffin, R. (1960). Gold and the dollar crisis: The future of convertibility. Yale University Press.

U.S. Department of the Treasury. (2025, 15 de enero). Treasury disrupts Russia's sanctions evasion schemes. <https://home.treasury.gov/news/press-releases/jy2785>

U.S. Department of the Treasury. (2026). Major foreign holders of Treasury securities. Treasury International Capital System. https://ticdata.treasury.gov/resource-center/data-chart-center/tic/Documents/slt_table5.html

U.S. Department of the Treasury, Office of Foreign Assets Control. (2024, 12 de junio). Updated guidance for foreign financial institutions on OFAC sanctions authorities targeting support to Russia's military-industrial base [Sanctions advisory]. <https://ofac.treasury.gov/media/932436/download?inline=>

Vyas-Doorgapersad, S. (2022). The role of BRICS in global governance to promote economic development. Africa's Public Service Delivery and Performance Review, 10(1), Article a633.

World Bank. (2025). Global Economic Prospects: June 2025. <https://thedocs.worldbank.org/en/doc/8bf0b62ec6bcb886d97295ad930059e9-0050012025/original/GEP-June-2025.pdf>

World Trade Organization. (1994). Marrakesh Agreement Establishing the World Trade Organization. https://www.wto.org/english/docs_e/legal_e/04-wto.pdf